

arturo castillo alva

DIAS DE AMOR (Y otros olvidos)

Nota del autor

Los relatos aquí reunidos son todos los que he logrado concluir desde 1983 aproximadamente. Confieso que nunca fue un género que me atrajera demasiado, al menos para escribirlo. Tal vez por eso _y también por las dificultades que implica_ el primero de ellos, “Teresa así (Una crónica rosa)”, lo intenté a través de más de una década y debo haberlo iniciado cuando menos una vez por año desde 1970, pero fue hasta el ochentaitrés cuando di con la frase adecuada, para mi gusto, con la que la historia encontró su propio tono y pudo fluir al fin.

Fue un texto con suerte: ese año obtuvo el primer lugar en un concurso donde el Mtro. Edmundo Valadés, entre otros, era jurado; como consecuencia lo llevó consigo y lo publicó tiempo después en la revista El Cuento (No. 91, 1984. Año XX, Tomo XIV). Increíblemente para mi, seis años más tarde fue antologado por el propio Mtro. Valadés en el libro “Amor, amor y más amor” (Los cuentos de El Cuento. GV Editores 1990). Quiero apuntar

aquí que cuando el maestro me llamó para informarme de la inclusión de “Teresa así”, le pedí la oportunidad de enviarle una versión corregida y el aceptó; desafortunadamente nunca lo hice y el texto apareció en ese libro con los errores originales, lo que he lamentado desde entonces; al publicarlo ahora enmiendo aquella falta atribuible sólo a mi indolencia.

Mi relación con Edmundo Valadés no terminó ahí: poco años después, en un encuentro de escritores del norte de México (creo que en Hermosillo) volvimos a vernos. El escuchó el relato que entonces leí, “Mambo no”, y al finalizar la sesión, con ese entusiasmo generoso con que solía estimular a los demás, me lo pidió para publicarlo en su revista. Bien fuera porque en la copiadora había una larga fila o porque el encuentro finalizaba o porque esa tarde nos fuimos a tomar la copa o por mi eterno descuido y timidez, no se lo entregué. Ya en Tampico me dio pena escribir para enviarlo y lo dejé por la paz. Olvidé el asunto, pasaron casi dos años, hasta que un día el maestro encontró en algún punto de la república a otro tamaulipeco, recordó lo del cuento no entregado y le pidió mi dirección. Esta persona, nomás regresar a ciudad Victoria, me llamó a Tampico para enterarme y a los pocos días recibí una atenta carta de Valadés (aún la conservo) insistiendo en lo del texto que ahora sí envié ofreciendo disculpa y que se publicó en la revista El Cuento (No. 105-106, 1988. Año XXIII, Tomo XVIII)

“Columpio” es el segundo relato que escribí y nunca me satisfizo plenamente; aún así lo leí en un encuentro de escritores en Monclova y fue publicado en la antología de ese encuentro al parecer en una edición del Museo Pape, de la que jamás tuve un ejemplar. En cambio, un mediodía, a la salida de una de las sesiones del encuentro tuve el honor de tomar un par de cervezas a pie de barra con el gran maestro Carlos Montemayor.

“Porque yo hubiera sido un gran cantante de rock”, fue publicado en la revista ‘A quien corresponda’ y también en ‘Mar abierta’, ambas revistas tamaulipecas, (en ésta No. 15-16, en la primera no tengo el dato).

El texto “Días de amor”, obtuvo en 1996 el Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández y fue publicado en el libro que recoge todos los textos premiados en dicho certamen precisamente hasta ese año (Concurso de Cuento Efrén Hernández/I-V Edición. Guanajuato 1996, Ediciones La Rana)

Respecto a “Primas lejanas” y “Dos adioses”, aunque también escritos hace muchos años, ven aquí su luz primera en letra impresa. Lo mismo pasa con “Oda”, el largo relato que cierra el libro; aunque este texto lo inicié hacia 1986 por lo que debió ser el cuarto de mi escasa producción, no fue así: iniciado como a desgana no descubrí que era un intento por cambiar mi tono hasta que dieciocho años después lo concluí, justo para completar esta colección.

Termino apuntando que “Teresa así” es para mi un texto entrañable, no porque fue el primero ni porque tardé trece años intentando escribirlo, tampoco porque me dio un premio y el reconocimiento -vía su inclusión en la antología- de un maestro como don Edmundo Valadés; es entrañable y vital porque aunque la historia que teje no sea cierta el personaje, Teresa, sí lo es. Aquí, ahora, pasados tantos años, agradezco a María Teresa García Camarena los días que iluminaron su belleza, su amor y su inocencia, aquel lejano 1969 en Chapala, Jalisco. Nunca merecí tanto.

aca

Pueblo Viejo de Tampico

Invierno 2002

Teresa así (Una crónica rosa)

Así como te recuerda: el dobladillo descosido para añadir cuatro centímetros a la falda guinda que apenas alcanzaba las huellas de raspones en tus rodillas. La blusa blanca y los primeros corpiños que contenían tus senos minúsculos; el pelo al fin largo ondeando más abajo de los hombros estrechos. Así, caminando en el atardecer de ese año remoto, con los labios rojos que hilaban suave una canción de moda y los largos pasos que pronto recorrían las dos cuadras que te separaban de la casa de Luisa; y el movimiento de tus manos abriendo la verja de hierro para cruzar luego el jardín comido ya por las primeras sombras donde se extendía un dulce olor a flores húmedas. Luisa que se levantaba sonriente de la mecedora de mimbre mientras tú subías de dos en dos las gradas en medio de rojos maceteros. Así como te recuerda, tomándote por los hombros como si tuviera meses de no verte y, Teresa, cada día estás más grande y bonita; ahora sí has dejado de ser una niña, Teresa. Y los ojos llenos de dulzura y tu rostro dejando fluir un rubor ligero, ay Luisa. La tarde que continuaba en descenso y de la mano de Luisa oír de la escuela en el rancho, sus alumnos simpáticos, gritones.

Caminar las calles que aparecían diferentes bajo la luz de los faroles encendiéndose despacio y los profundos ramajes de las bugambilias que saltaban las tapias y se hundían en la noche. Ojalá que cuando termine la secundaria mamá me deje estudiar para maestra y a lo mejor entonces tú

ya eres directora y me iré a trabajar contigo, Luisa; Luisa que siempre fuiste tan buena conmigo. La mano que apretaba tu mano regordeta y tibia y esas uñas recién cortadas con los dientes; lo dorado de tus ojos que goteaban la sonrisa hasta los labios mientras impaciente, chin, pero qué coraje, si todavía me faltan dos años y a lo mejor en tanto tiempo te casas o dejas el trabajo... o te vas de aquí y entonces ya no tendrá chiste ser maestra. Dos coches cruzaban una cuadra más abajo y rompían el silencio del anochecer; unos chiquillos pasaban corriendo entre breves gritos haciéndolas casi tropezar ¡niños! Y cómo crees, Tere, si ya tengo veintiocho años ¿te das cuenta?; además, soy feliz así, de veras. No pienso hacerlo y mucho menos irme lejos de ti o de papá. La esquina donde sentíase la fresca humedad de la laguna, ese estremecimiento, y mostrar la blancura de tus dientes, ay Luisa, ¿de veras? ¿deveritas?. Sabes que eres mi mejor amiga, que te quiero mucho porque siempre estuviste junto a mí; porque me ayudaste siempre en todo y me enseñaste a leer ¿te acuerdas? El silencio, el caminar reanudado y tu cabeza gacha, hundida en una tristeza súbita, hasta que de repente la cabellera hacia atrás con una sonrisa: yo tampoco me casaré, te lo juro. Pero Tere, cómo puedes decir eso ahora, te faltan tantos años por vivir.

Así como te recuerda sentada a la orilla de la laguna en aquella banca fría y las luces de las barcas pesqueras lejanas; la manera en que, con suavidad, Luisa pasaba su brazo por tu espalda y te acariciaba un hombro luego de que te quejaras del frescor de la brisa. La forma mansa en que tu

cabeza, el ondular de tu pelo castaño se acomodaba, terso en su olor a jabón palmolive, sobre el hombro de Luisa y el silencio en que sus respiraciones enredaban los extremos en un juego dulce que te volvía blanda y somnolienta. En tanto la luna comenzaba a levantarse sobre el oscuro fondo revelando la silueta oscura del islote, la manera espontánea en que te quiero mucho Luisa, tan buena como siempre fuiste conmigo. Y tus labios tocando la mejilla de Luisa que, luego de un momento de indecisión, te devolvía rápida la caricia antes de levantarse y de espaldas a ti, ya vámonos, o te invito un refresco antes de volver.

Así como te recuerdo la segunda vez que te vi luego del encuentro aquella noche de diciembre en ese año remoto; luego de las largas cartas escritas en los tres meses siguientes: los telegramas de la impaciencia. Así, detenida a un lado de la puerta de la iglesia bajo un marzo entero que era un sol total; este gesto luminoso con que al volverte me descubriste al otro lado de la calle, agitaste un brazo a todo lo alto y empezaste a correr. Y bajaste corriendo la escalinata con el vestido de falda amplia adherido a tus muslos gruesos, esquivando a los viejos, los niños y los globos, y lanzaste tus brazos a mi cuello. Tus catorce años y tu boca que entraba en la mía como con flores entre los empujones de los transeúntes. Y Luisa que continuaba arriba sin moverse, y Marta sonriendo.

Tú sonriendo a lo largo del día mientras nos desplazábamos por entre calles idénticas, dejando en cada resquicio que el sol permitía, junto a cada verja, al lado de cada portón, la caricia que brotase de nuestras

manos como palabras simples en el hilo del viento. Y tú sonriendo a las tres de la tarde en el restaurante -en la misma mesa desde la que te vi pasar la noche del encuentro- comiendo con brevedad y dando minúsculos tragos a la única cerveza que te atrevías a beber, mientras escuchabas con miradas de azoro mis historias: pero ¿de veras todo eso es un ciclón? Ni siquiera notamos en que momento se inició la lluvia casi vertical, plateada, silenciosa; y fue la gente que comenzó a refugiarse en el restaurante, lo que nos hizo reparar en ella y Luisa que no llega, y tu mohín infantil, se va a mojar, la pobre. La gente húmeda sitiaba ya nuestra mesa y tú intempestiva, tirando de mi mano, ven, mejor subimos a la terraza. La terraza desierta y una visión más completa de la lluvia uniéndose al balanceo lento de los árboles, de la laguna ya engrisada. Tu ligero suéter blanco, tu falda amarilla, tu sin perfume, tu sólo olor a muchacha extrañamente dulce y confiada; dejándose besar el pelo, las mejillas y no atreverme tocar los senos que. Y Luisa que no viene y el separarte, cruzar la terraza entre mesas y sillas vacías, tan alta y tan ágil como eras, para asomarte a la calle por donde ella llegaría: ay, y todo por mi culpa, pobrecita. Acercarse hasta ti, rodearte con los brazos y el aliento; las gotas cayendo hasta el fondo sin tocarlo, la otra lluvia. Es que si no llega pronto voy a tener que irme ¿ves? Voy a tener que irme porque Luisa iba a pedir permiso a mamá para regresar hasta las diez. La lluvia que se intensificaba, disminuía, que se intensificaba; el horizonte borrado en agua más allá de la laguna. El canal de tu espalda bajo el suéter y tu voz: quiero

quedarme todo el día contigo, ahora y cada vez que vengas quiero pasarme todo el día contigo.

Así como te recuerdas: ese muchacho pobre, mimado por sus padres, sacudido por innumerables orgasmos en letrinas solitarias, que escribía poemas sordos y tenía una fe ciega en su talento; que reunía su salario de obrero para llegar hasta ti en ese año lejano y verdecido, a través de largas cartas, telegramas, mil kilómetros de trenes, para plantarse ante ti con un ramo de rosas o un canario y tú no, no, sonrojada, para qué me das tantas cosas. Ese muchacho parado junto a un árbol con su traje nuevo, su pelo largo a medias, su ateísmo, su forma ingenua de sonreírle al futuro, mientras esperaba verte aparecer rodeada por tus amigas en el portón de la iglesia; y esa mano en alto ondeando en el saludo alegre las translúcidas, coloridas serpentinas de mediodía que se unían atrás a tu pelo castaño cuando corriendo eludías a la gente con habilidad para encontrarte al fin en la sofocación, en el abrazo, en. Las amigas que bajaban tras de ti, que se levantaban de la banca de un parque, que les llamaban a través de la vidriera de un café, que salían a su encuentro por la orilla de la laguna, todas increíblemente jóvenes, casi niñas, que se acercaban con excitación, con curiosidad mal disimulada, para saludarlos, para Tere ¿él es? Sí, sí; mira, amor, te voy a presentar. Y las manos frescas, las sonrisas, los ojos brillantes que seguramente leían las cartas, los poemas, con emoción y breve malicia alrededor de una mesa en la refresquería, en la tarde ligeramente calurosa, en el mes de mayo de ese

año. Dos, tres cabezas juntas que se empujaban jugueteando, que sin abandonar, ay Tere. Luisa que entraba sonriendo con vaguedad, ponía una mano en tu hombro, lo apretaba con delicadeza; una mano por tu pelo y, mirando hacia lo lejos, Tere, Tere, que feliz te ves.

Así como te recuerda la cuarta, la quinta vez; después de la comida, cuando para levantar los párpados mielados por la modorra caminaban en silencio por las calles empedradas, solitarias a las tres de la tarde; las manos quebrando indolentes el tallo de una flor, llegar a la estación abandonada y una vez me contaron que hace mucho tiempo aquí hubo un tren. O por la orilla de la laguna hacia el sitio donde la playa artificial se angostaba hasta desaparecer; ahí donde él, con los zapatos en la mano tomaba impulso y tú, no, no, sonriendo, qué vas a hacer. Y los zapatos que caían en la laguna enrojecida por el sol crepuscular; ahí unidos, mirándolos hundirse mientras la flor recién cortada caía al suelo y las bocas se encontraban agitando los pequeños senos que nunca. O ahí donde te descubría -luego de correr tras de tí trepando descalzo la escalinata-, en una banca de cemento semioculta entre arbustos, entre un denso olor a limoneros, recostada boca arriba y con los pies colgantes, la respiración agitada, los ojos cerrados y el vestido leve dibujando tu cuerpo exacto. Ahí abandonada, como si no supieras que ya no eras una niña o quizás porque lo sabías y divertida abrías los ojos castaños. Él, que sólo atinaba a zarandear la rama más cercana para hacer caer una lluvia de

flores blancas en tu regazo mientras reías sacudiendo la cabellera y tú no sabes, no, tú no sabes lo feliz que soy cada vez que vienes.

Así como te recuerdo en tus cartas de letra irregular, contando nimiedades, detalles de muchachas cuyos nombres confundía, de problemas escolares irresueltos o de Luisa que no sabes cómo ha cambiado conmigo. Figúrate que el otro día ni siquiera quiso leer el último poema que me enviaste ni tampoco ver las fotos que me hiciste. Esas cartas pequeñas, hechas en el salón de clase sobre las páginas de un cuaderno cualquiera; interrumpidas por la curiosidad de tus compañeras o por la voz tediosa del maestro. Esa carta puesta en un sobre comprado en el estanquillo de la esquina a la salida de la escuela y depositada en el correo casi a las dos de la tarde, cuando el hambre te atenazaba; me levanto a las seis y desayuno de prisa pues entro a las siete. Y salir del correo casi corriendo, tropezando con el hombre que entraba ay, perdón, perdón, y rápido a casa bajo los últimos soles de verano a mitad de septiembre.

El ligero viento fresco a finales de octubre en ese año hundido y mi saco sobre tus hombros cuando la rauda embarcación motorizada cruzaba la laguna tratando de ganarle a la noche. El último de esos tres días en los que por vez primera no había aparecido Luisa ni un instante ¿Y Luisa? Tengo tres semanas sin verla; ya no viene, prefiere quedarse en el rancho donde trabaja, y le pregunto por qué pero no me dice nada. Cada vez es

más seca conmigo, no sé, tú qué crees que está pasando. Siempre me quiso mucho y yo también, no sé. Y los ojos que se cerraban para, ya en silencio mientras se hacían visibles las luces de la orilla, despedir una lágrima.

Así, en ese primer enero que pisamos juntos; en el bar que daba sobre el parque ya desierto, ya abandonado por las flores, por el bullicio dominical cerca de las diez de la noche. Ese llanto largo, murmurante, que no dejaba de fluir mientras te apretaba en mi pecho como un puño de ternura, y estaba borracha, se emborrachó. Me fue a buscar a la casa de Marta pasadita la medianoche; yo, yo había ido temprano por ella pero me recibió como siempre, muy seca, y me dijo que no, que no pensaba salir, pero Luisa. Pero me dijo que mejor me fuera. Cuando después llegó no quiso entrar a la casa de Marta y tuve que salir al patio... Había poca luz, y primero no me dijo nada nomás se me quedó mirando muy feo, muy feo. Entonces me di cuenta de que estaba borracha. Me dijo que le diera el abrazo de año nuevo y yo, no sé, tenía un poco de miedo pero la abracé. Ella hizo el abrazo muy largo y me apretaba y no quería soltarme, ya suéltame Luisa, qué te pasa. Luego que me soltó se puso a reír y comenzó a decirme putilla, putilla; pero por qué me dices así si yo, y entonces me dio la cachetada. Adentro continuaba la fiesta. Sin despedirme de nadie salí corriendo hacia mi casa porque estaba espantada, muy espantada. Una pareja solitaria cruzaba la soledad del parque; se escuchaba el grito de un chiquillo en algún sitio. Tus hombros se estremecían en mis manos,

tu pelo suavizaba mis labios; tus puños junto al pecho, ligeramente encorvada, apretada en tus breves años, Teresa. Fue el domingo pasado cuando al salir de la iglesia me habló para disculparse, no sé qué me pasó; y yo, pues le dije que sí, que te disculpo Luisa. Y nos fuimos caminando juntas a la casa hasta que de repente empezó a decir que por qué me empeñaba en seguir con esto, que era una tontería, que si a poco creía que un hombre como tú se iba a tomar en serio a una niña boba de quince años; porque eso era yo todavía, que me viera los raspones en las rodillas y las uñas comidas a mordiscos, me dijo; una bobita, así. Me dio tanta rabia, tanta rabia y le dije que se callara, que se fuera, que ya no la quería como todos esos años, como desde chiquilla cuando me enseñó a leer, cuando me llevaba a la doctrina o al matiné; que ya nunca, le dije, nunca la iba a querer. Y otra vez el estremecimiento en el aire ligero de esa noche, en ese año perdido. El espasmo que se volvía cada vez más suave hasta llegar a la quietud mientras bajo los vasos las servilletas se humedecían y en lo lejano tronaba el escape de un coche. Y las manos que lentas te limpiaban el rostro, las manos en tu pelo, tus brazos, tan cerca de esos pequeños senos que nunca. Y sentir los latidos de tu cuerpo; los latidos que nos reincorporaban al ritmo del tiempo, al escurrir de ese domingo ya silencioso, cercano el momento de otra despedida, de otro hasta dentro de un mes, no te preocupes, voy a escribirte llegando, sonríe. Y como lo sabías levantaste el rostro ya sereno, los ojos dorados ligeramente enrojecidos, cargados de esperanza y tu media sonrisa soplándome el aliento para adelantarte a mi voz y, en un solo impulso decir llévame,

llévame contigo, no quiero estar más aquí, llévame contigo. Los golpes de ala contra el pecho: atraerte, apretarte, besar el pelo, el rostro, bordear cada poro con la respiración cortada; rodeando con indecisión, con dolor, con miedo, la palabra necesaria en ese año ahogado.

Así como te recuerdo en la última carta, breve como todas las que siempre escribiste, con los borrones tiernos y apresurados de siempre; escrita una tarde en la terraza silenciosa mientras los demás dormían la siesta y ahora ya no estoy triste porque al fin Luisa y yo hemos vuelto a ser amigas y esto te lo digo para que no te preocupes. Y las bugambilias no tenían flores porque apenas terminaba febrero pero estaban igualmente verdes ese año. Hemos platicado mucho después de que ella me pidió otra vez que la perdonara y yo entiendo que todo lo hacía por mi bien y no sé por qué dudé si ella siempre me demostró su amistad; y un gato subía las gradas y negro, se quedaba quieto mirándote escribir. Y también entendí que ella tenía razón y que lo nuestro no tiene sentido porque pues estamos tan lejos y además tú me llevas casi diez años que son muchos y por eso te escribo para decirte que. El ruido de pasos, el gato que oscuro se escurría entre los maceteros rojos; Luisa que aparecía por el fondo del corredor lateral con una bandeja en las manos y tú que levantabas el rostro del cuaderno mientras Luisa depositaba en la mesa las dos naranjadas. A lo lejos, en ese tiempo remoto, a través de la verja de hierro, veladas por la vegetación del jardín, casi inmóviles, mirándose hasta que la mano de

Luisa pasaba suave por tu pelo y tú sonreías con toda la dulzura de tu pequeña edad, Teresa. Así.

Porque yo hubiera sido un gran cantante de rock

Ya sé que les parece raro que camine tan aprisa cuando voy por el centro, cuando voy por la avenida Hidalgo; o cuando voy, nomás, cuando voy. También me han dicho que a mi edad no está bien que hable solo... porque es cierto, te lo digo, a veces hablo solo. Es que con la gente no se puede hablar, tú sabes, no se puede. Si se pudiera tú no escribirías versitos ¿no? Poemas, eso es. No, disculpa que me ría pero yo de leer, nada. Con la gente no se puede hablar. Nunca se pudo, ni entonces. Yo por eso no hablaba. Hablaba poco. Mejor cantar, eso sí. Me gusta cantar,

me nace. Desde chico cantaba yo mucho. Hasta hacía enojar a mamá. Ya cállate, me decía, pareces loco. O que cantara más quedo. Pero es que yo tengo un vozarrón. Tú sabes, tú me oíste en los buenos tiempos ¿no? Ándale, en la granja del Robertson... ¡Qué tocadas! Todo el personal quemando mota. Un bosque de mota ardiendo. El loquerón. A nadie le importaba la llovizna, el frío. ¡Qué lloviera! ¡Que caperucita verde se mojara! El personal se arrimaba a los árboles, ahí nomás, entibiándose cachondo. El humo ha de haber llegado al aeropuerto... ¿te imaginas a los pilotos bien moros? Chale, qué viaje, a la tierra de fuego ¿no? Entonces yo estaba con The sons of the trash. Esa tarde fuimos los mejores ¿te acuerdas? ¿De veras me oíste? Eramos un grupazo, me cai. Y es que yo tengo un vozarrón natural, me sale solo. La Wendy cuando yo cantaba...

Desde chico he cantado muy fuerte; de chavito puras de Pedro Infante, por el viejo. Luego mi onda: fresa al principio, pero mi onda. Me acuerdo que mamá decía: ya cállate muchacho; pobre mamá. Se murió mamá, no sé si supiste. Andaba yo de viaje cuando pasó. Porque yo he viajado mucho ¿eh? Mucho. Yo estaba... yo estuve... A mí hay cosas que se me olvidan, no me acuerdo. O de repente me acuerdo pero como si otro me las estuviera contando incompletas... o no las escuchara bien ¿Qué dices? Ah, pues por eso camino aprisa, no creas. Es como si una parvada de palomas me fuera volando detrás, cerca del cuello. Pero no me espanto, ya las conozco; nomás se trata de caminar aprisa. Por eso me ven en el centro que voy aprisa, oyendo el aleteo. El puro aleteo oigo, y las palabras

frías que a veces te mojan el cuello. Pues por eso y por otras cosas yo a la mota ya no. Entonces sí, mota lo mínimo, porque había de todo. De todo. Yo mi rol siempre lo di con ellos, con los chavos de más billete. Grueso. Y cuando subía a cantar... hasta atrás, maestro, hasta atrás. El puro sentimiento, tú me oíste; qué filing ¿no? ¿Verdad que sí me oíste? ¿Te impresionó? ¿Te llegó la onda que traíamos? THE SON OF THE TRASH. Yo no empecé ahí, primero anduve con Affraid of Music, y cuando tronamos anduve palomeando con dos que tres hasta que se formó The Sons; con lo mejor que había entonces acá. Mucho tiempo pensé que la hubiéramos hecho fácil con los gabachos. No sé qué pasó. ¿Qué nos pasó? No sé. Lana teníamos, en el grupo no había jodidos. Ah, rockeros jodidos sí hubo, la pura broza, pero pocos. Tú crees ¿cuándo la iban a hacer? Nosotros les vendíamos los aparatos que dábamos de baja ¡en abonos!... y a veces ni nos pagaban, los gandallas. No ¿qué pasó? Peace and love, maestro.

Fue una época muy bonita ¿a poco no? Te pregunto porque tú ibas a las tocadas; aunque la mera neta yo nunca te vi allá, o será que no me acuerdo. Hay cosas que se me olvidan, te digo. Hay cosas que se me borran y nomás queda la mancha blancuzca como en los pizarrones; y el polvito bajando despacio... No, qué pasó, maestro. Cuando canto hay cosas que se me vienen a la cabeza, cosas como olores, nomás. Sencillo. Todo sencillo, por eso me gusta cantar. ¡Qué vozarrón! ni grave ni agudo. Yo estaba bien chavalo; diecinueve, veinte, he de haber tenido. Y pelo, sí,

chula greña tenía, hasta acá, ondulado. Lo que pasa es que mi familia es calva; puro pinche pelón. Pero entonces galán, galán de a madres. Nos sobraban nenitas; te las soltaban nomás con que tronaras los dedos. Y las que no querían, con dos o tres toques se ablandaban... o con la pura horneada. Pajitas quedaban. Me gusta acordarme de esa tocada en la granja del Robertson. Me gusta que me preguntes de eso. Ver el tejado rojo oscuro y todo lo demás brillando de verdes. Parecía que lloviznaba verde. Barniz verde tierno, verde esmeralda, verde mar. Y rejas negras. No me sé los nombres de todos los verdes, es cierto. Pero eran todos, hasta tocar la orillita del amarillo. Ahí la conocí. Ya la había visto pero esa fue la primera vez que me la llevé. No sé por qué te gusta preguntarme de la Wendy, en serio, y es que yo de la Wendy como que no... como que no me acuerdo bien. Ya casi no me acuerdo ¿Sabes qué se me olvida completito? Los nombres de todos los que estaban conmigo en The Sons. Es raro, pero estoy cantando en el corredor de la granja del Robertson y atrás de mí no veo a nadie. Nomás oigo mi voz y, enfrente, miro las caras inmóviles del personal humeando entre lo verde. Ah, y aquel baboso que se subió a decir unos versitos de la guerra... ¿no eras tú? Amigo tuyo entonces ¿Tampoco? Contra la guerra, sí, ya me acordé... ¡Y que le tiran el ladrillazo! El personal quería rock, maestro, sólo rock. Siempre, me cai, siempre que me acuerdo me da risa, no sé. Hasta cuando estuve en... Me gustaría cantarte una canción ahorita. Una de las que fueron mi éxito: Dame un lugar cerca del cielo, nena. La canté entonces ¿Cuántos cartones crees que se hayan quemado esa tarde? Yo tampoco, ni idea.

No, no, los ácidos llegaron luego... Yo estuve enfermo. No me gusta contarlo pero tú eres cuate. No te creas que grave. No. Estuve un tiempo en el sanatorio, en Guadalajara. Ese fue un viaje, pero pues yo viajé mucho, tú sabes, mi familia es de lana también. Que yo me acuerde jodidos nunca fuimos, a lo mejor antes... Entonces me llevaron allá. Yo no me acuerdo bien. Dicen que me llevaron. Cuando estuve allá fue cuando murió mamá, no se si supiste. Estuve un tiempo, como un año casi. Luego me calmé. Estoy bien. Quedé bien. El doctor dijo que yo no tenía la culpa de nada. Me lo repitió muchas veces. Desde que desperté, me acuerdo, me lo estuvo repitiendo. Le costó una lana al viejo; es lo que le duele. Antes siempre me jodió con lo de la música, el pelo largo, la mota. Yo callado dizque oyéndolo pero nomás repasando letras de canciones. Hasta con la boca cerrada cantaba yo ¿Tú crees? Me hablaba como si yo fuera un pendejo obrero de los que él controlaba en el SUTORM... Se los transó como veintitantos años y hasta monumento le hicieron, hay que ser pendejos, de veras. Yo desde que me acuerdo ya era el lider del SUTORM; líder máximo... mamadas. Por eso te digo: jodidos nunca fuimos y yo la rolaba con puro hijo de millonario... pero alivianados; ellos eran los que movían la droga acá en el puerto.

El viejo siempre estuvo podrido en lana, está. Luego se cansó de joder. Se cansó; le valió madres lo que yo hiciera. Pero soltaba la feria... yo pura ropa gabacha me colgaba. Una vez conseguí, no sé si me la viste, una casaca de la independencia gringa, auténtica, de colección... hasta

balazos tenía, una laniza me costó. Nadie tuvo una de esas acá, nadie. No, cuando regresé ya no encontré nada de mi ropa. El pinche viejo la tiró o la quemó, ve tú a saber qué hizo con ella. También los posters, las fotos. Tantas fotos que tenía. Esa era otra cosa que me gustaba mucho además de cantar, claro, que me tomaran fotos. Fotos bailando, fotos cantando, fotos fajando, fotos quemando. Es que yo pensaba: y qué tal si un día soy famoso, porque yo hubiera sido un gran cantante de rock, maestro, me cai... bueno, pues que pudieran editar mi album, como los Beatles. Fresones pero las chavas se volvían locas. Peace and love, maestro ¡Qué buena época! ¿eh? Bonita. Todo el personal quemando en la granja del Robertson. Todo el personal hasta atrás, sin agandalle, sin malas vibras. Todo verde, maestro. Brillando de verde en la llovizna verde. Hacía frío. Verde como la esperanza... ¡Ja! me colgué, maestro. Pero tú te acuerdas ¿no? ¿verdad que sí te acuerdas? ¿Me oíste cantar esa tarde? Si me oíste sabes que yo la hacía ¡Qué vozarrón! The sons of the trash ¿De veras no quieres que te cante una canción ahorita? Una de las que canté aquella tarde: Verdes son los campos desde donde salto a tí, beibi. Oh beibi. Qué sentimiento le puse. Me corrían las lágrimas por las mejillas ¿Fotos de la Wendy? No, ninguna. Tenía muchas pero el viejo todas las tiró. Pinche viejo. Además no, para qué. Eso ya pasó. Me dijo el doctor que olvidara todo. Eso ya pasó. Me lo repitió desde que desperté. Quedé bien, mira. Estoy igual que antes, que siempre. Ya casi sin greña, ni modo ¿Sabes cuántos discos llegué a tener? Cinco mil; no exagero, todos importados... y sin contar los que me agandalló la raza. Y todos los tiró el viejo, o los

quemó. Pero me vale, maestro, yo todas las canciones las tengo acá. Me las sé todas. Siempre estoy cantando, hay que ensayar siempre. Hasta con la boca cerrada canto yo. Voy caminando hacia arriba, caminando, porque a veces el viejo me quitaba los duplicados de las naves... Cuatro coches, un jeep y dos camionetas tenía el infeliz... Voy por el sendero en medio de los árboles hacia la casa en la granja del Robertson. Allá está arribita, blanca blanca y con su techo rojo. Voy repasando todas las rolas que vamos a tocar esa tarde. Hace frío. Ya está llegando el personal. Algunos ya están quemando, entibiándose cachondos, arrimados a los árboles. Entro en la casa sacudiéndome la pelusa de agua y saludando dos que tres. Y entonces la veo, a la Wendy, sentada en los escalones de madera oscura. Los ojos azules. Tenía los ojos azules y unas chichotas. Eso ya te lo dije ¿no?

Me la llevé a Avándaro... la aliviané, ella no era de feria. Fuimos a Avándaro como quince; lo más grueso. Yo viajé mucho ¿eh? mucho. Había billete. Compré todas las revistas donde salió algo de Avándaro pero nunca nos vimos en ninguna foto. Ojetes, los fotógrafos. Pero estuvimos. Ahora nomás falta que digan que no estuvimos. A mí hay cosas que se me olvidan pero de eso sí me acuerdo. Fui con la Wendy y nos tomamos miles de fotos. Ya no hay nada, ni una. Mejor. No sé por qué te gusta que te platique de la Wendy... un día me dices por qué, si quieres; tú eres cuate, por eso hablo contigo... aunque para ser francos nunca te vi allá en la granja del Robertson. Aquella tarde, digo. Había mucha gente

ahí a pesar de la llovizna y el frío. Todos prendidos. Prendidazos. Qué buenos tiempos esos. Amor y paz. Era otro el pinche puerto. Luego que regresamos de Avándaro como que de repente todos se cansaron, como que unos pendejos empezaron a caminar para otro lado. Todavía tocamos una vez más en la universidad ¿te acuerdas? ¿no fuiste? Y ya. Acabó The sons. En la universidad yo canté como siempre, con madres; pero el grupo ya no lució. Ya no agarró patín ¿qué nos pasó? Quién sabe. Todo fue muy rápido, maestro, muy rápido. Y enseguida lo de la Wendy.

Yo estuve enfermo ¿te lo conté? No grave. Y quedé bien. Estoy bien, gracias al billete del viejo... de los pendejos del SUTORM, ándale; qué gacho. Le costo... ¿La policía..? ¡No! ¿Qué te pasa? Todos éramos... ¿Quieres que te diga los apellidos de los que estábamos ahí esa noche? No te digo ni madres ¿Tú crees que yo estoy loco? Mucha gente cree que yo estoy loco, ya sé, hasta el Robertson. Pero yo quedé bien, me curaron. Mi papá me curó. Mamá se murió cuando yo estuve allá. Pobre mamá. A cualquiera le pudo pasar lo que le pasó a la Wendy. Le sucedió a otros... Había que agarrar la onda en serio, subir, entrar en el... subiendo, maestro, siempre subiendo... Ah, fueron tiempos muy bonitos, con la lluvia cayendo sobre la granja verde como una verde mano de dios cayendo. Como una paloma lenta y verde. Hacía frío. El personal buscaba la tibieza. No, cuando la fuimos a tirar era septiembre, creo. Y estábamos llorando los cinco. Había llovido mucho; hace muchos años de eso. Ya nadie se acuerda ¿Quién se acuerda? Yo no me acuerdo; a mí hay cosas que se

me olvidan... ¿por qué me dices eso? A lo mejor si la Wendy hubiera sido de billetes habría habido escándalo, a lo mejor. Y qué. Todos la lloramos. Se repartió dinero, hasta al pinche presidente municipal le tocó, creo. Y cuando la fuimos a tirar, te digo, todos la lloramos porque siempre, eso sí, fue jaladora. Ya no estaba lloviendo; hasta había salido la luna. Un lodazal. Se nos andaba quedando el coche en el lodazal. Es que no la pudimos vestir porque andábamos muy pasados. Muy pasados. Por eso le pusimos el lodo encima, para que no brillara la carne con la luna. Ella era muy blanca... no sé si te conté. Luego todo se me fue olvidando. En el sanatorio. De los ojos azules sí me acuerdo... ¿Te dije que estuve enfermo? No me gusta contarlo. No me gusta hablar, me gusta cantar. Eso sí. El Robertson muchas veces me pidió que fuera a cantar a su grupo, muchas veces. Dizque su grupo era el mejor del puerto pero siempre le tuvo envidia a The sons. Y yo a The sons siempre le fui fiel. Por eso aquel día se me ocurrió ir a cantarle a su casa; nomás por la pura onda que traía yo por lo que había pasado. Le estuve gritando: ¡Ábreme, Robertson! Pero no me abrió a pesar de que otra vez estaba llueve y llueve. Como que antes llovía más ¿no crees...? Pero aguacero, que hasta las hojas de los árboles tumbaba. Claro que de todos modos le canté. Me senté en la banqueta, recargado en su puerta y me puse a cantar. Horas y horas. Ya ni me acuerdo cuánto tiempo. El agua me entraba por la nariz y la boca, por las orejas, y yo cantando, maestro. Con el vozarrón que tengo, tú sabes cómo; tú me oíste una vez. Cantando ahí sentado en la banqueta,

con el agua golpeando por todas partes, a grito pelado bajo el aguacero:
cantando pero con el alma, pero con todo el sentimiento de entonces.

Columpio

Tengo una idea muy vaga de cómo era él. Creo que delgado, de estatura regular y pelo chino y debe haber tenido diecisiete años entonces. Ella contó después que tenía unos ojos muy bonitos aunque nunca le gustaron los colores fuertes de su ropa. Ella en cambio vestía con muy buen gusto. La voy a describir como la recuerdo: está sentada

al centro de un columpio para dos personas en el corredor frontal de su casa; lleva un vestido blanco de chifón con escote casi hasta los hombros rematado por un holán de organdí con encaje en el borde. El cinturón es rojo y la falda amplia termina en tres holanes iguales al del cuello; por supuesto las zapatillas también son rojas. El pelo es negro, ondulado a medias; se lo deja crecer desde hace tiempo. Es muy blanca y casi bonita... aunque no recuerdo ninguno de sus rasgos faciales fuera de los ojos que son claros. Un detalle que aún ahora me resulta sorprendente: tiene vellitos negros en las piernas, no muchos pero notorios.

Es agosto y son las tres de la tarde; mientras se mece canta una canción. Más bien, la tararea mezclando retazos de la letra. Cuando el columpio va hacia adelante su figura se oculta tras el pino robusto que crece a un lado de la reja de entrada. Él, que se ha quitado la gorra de beisbolista al llegar a la esquina, pasa justo frente al pino cuando el columpio va hacia adelante y sólo alcanza a mirar la estela blanca de los tres holanes. Se detiene entonces, retrocede dos pasos, reanuda la marcha y con gesto casual se vuelve a saludarla cuando el columpio va de regreso; como respuesta ella recarga la cabeza sobre el hombro izquierdo haciendo un extraño mohín en el que puntea apenas una sonrisa. El la mira con tal intensidad que el columpio parece inmovilizarse atrás. Ese es el momento en que, pobrecito primo, Elena y Berta se carcajean escondidas tras la ventana en la casa de a lado.

Fueron los primeros del barrio en tener coche: un studebaker viejo de cuatro años. Además no eran católicos sino de otra religión y siempre fueron muy aparte. Y aunque el padre saludaba a todo el mundo, la madre era un tanto despótica, con una sonrisa muy estirada... ella a veces se reía un poco así. A su hermano ni contarle porque desde el cincuenta lo mandaron a estudiar a Estados Unidos. A pesar de que no puede decirse que Berta o Elena hayan sido sus amigas, lo cierto es que como vecinas, algunas tardes platicaban sentadas en la barda hasta que la hora de la cena o el ataque feroz de los moscos, las hacía huir. Ese modorro agosto la invitaron a la fogata; ella dijo que tal vez iría pero no le creyeron con todo y que, ya para despedirse ella les preguntó si el primo asistiría y las muchachas un tanto sorprendidas dijeron no, pues no sabemos, pero a lo mejor.

Sobre el mar oscuro se balancean lejanas algunas luces y él trata inútilmente de precisar un contorno de barca. Con su camisa nueva - verde con líneas amarillas que forman grandes cuadros-, recargado en un coche y más cercano al ruido de las olas que a la música, se arrepiente de haberse dejado convencer por las primas. Pasan las diez de la noche, los juegos comunes han terminado y algunas parejas bailan en torno a las menguadas llamas de la fogata. Los fanales de un coche que se detiene a unos treinta metros apuntan deslumbrantes y breves, al grupo. Luego de un momento de expectación, surge de lo

oscuro la muchacha corriendo: lleva un vestido de crepé de seda azul y las zapatillas blancas en la mano. Saluda agitada y enseguida exagera una caravana echando un brazo hacia atrás al tiempo que dice el nombre de su acompañante que se acerca caminando metros atrás -ni Berta ni Elena recordarían después nunca cómo se llamaba- y, desde la semipenumbra, alguien que lleva un saco claro y mocasines de lona, lanza un saludo general a media voz acercándose despacio a la cerveza que ya le ofrecen. Mientras las parejas reanudan el baile, ella se dirige al muchacho que al verles se ha alejado aún más de la fogata y, pasando a su lado, le murmura: ¿Querías hablar conmigo? Y él, sorprendido ¿Yo? Y la muchacha sonriendo, hacia atrás, de espaldas a la playa, otra vez ¿No querías hablar conmigo? Ella después diría que nunca hablaron tanto como esa noche a pesar de que en un principio él estuvo tímido y también, que fue la primera vez que se besaron. Entonces él le dijo que el año entrante sería seleccionado para el equipo local de beisbol y que sin duda ganarían el campeonato de las ligas del Golfo-Norte. También le dijo que un día sería profesional y tan famoso como Beto Avila; pero la muchacha no sabía quién era Beto Avila. Ella después diría que sólo tenía diecisiete años.

Ni él ni ella contaron después nunca dónde se veían, cómo. En septiembre, con sus ahorros, él compró una guitarra que costó carísima a su salario de obrero y se metió a tomar un curso pues tenía buena voz y se sabía muchos boleros. A principios de octubre un ciclón

rondaba la costa y se pasaban días enteros lloviendo. Y uno de esos días él estuvo parado desde las tres de la tarde hasta las siete y media bajo una marquesina de apenas sesenta centímetros con los zapatos y los pantalones hasta las rodillas, completamente mojados. Ella después diría que cada media hora se asomaba entre las cortinas y lo veía ahí y que al principio me divirtió verlo, pero luego me dio mucho coraje, idiota, y ya al último, tristeza. El una vez contó que algunas mañanas que no trabajaba se subía al tranvía que tardaba una hora en hacer un circuito completo y pasar frente al colegio donde ella estudiaba; que daba hasta tres vueltas ante la mirada ya recelosa del cobrador, para verla en el patio si coincidía con los diez minutos de descanso y que a veces, estirando el cuello, la veía, o al menos creía verla entre las múltiples muchachas uniformadas. Como sea, ese invierno, la primavera e incluso una parte del siguiente verano, cualquiera que lo miró diría que se veía feliz. Ya tocaba muy bien la guitarra y cantaba mucho sentado en la barda con sus hermanos cuando la tarde declinaba; a veces se acercaban también las primas con sus amplias faldas siseantes en la brisa, y él no dejaba de contar que lo habían seleccionado y que las prácticas comenzarían a mediados de agosto. Pero a nadie, a nadie le platicó en ese tiempo nada de la muchacha.

La siguiente ocasión que los vieron juntos fue en una lunada a finales de julio en el casino de la playa. El fue con dos de sus hermanos y un

amigo de ellos porque él, lo que se dice amigos amigos, nunca tuvo. Ella llegó con dos chicas más y tres jóvenes, ninguno del barrio, por supuesto, y los saludó alegre desde su mesa pero él apenas contestó por temor a las bromas de sus hermanos. Cerca de la medianoche, mientras todos bailaban, ella fue hasta él y le dijo: ¿Querías hablar conmigo? El muchacho se levantó y la siguió por la enorme terraza hasta una escalera lateral que descendía a la arena. Una hora después vino Berta un poco molesta y preguntó a los hermanos: ¿Dónde están? Ellos se miraron entre sí sonrientes, pero quiénes, primita. No sean payasos, sus amigos la andan buscando porque ya quieren irse y están disgustados, agregó Berta. Los primeros en llegar abajo fueron los amigos, pero inmediatamente detrás venían las muchachas y también los hermanos. Desplazándose bajo la terraza y sin palabras previas, empezaron los puñetazos. Las muchachas casi no gritaron ni intentaron, estaba demasiado oscuro, impedir el pleito. La orquesta había terminado la tanda y durante seis o siete minutos sólo se escucharon los ruidos sordos de golpes, jadeos, ropa rasgada; el chapoteo de las olas contra los pilotes o los cuerpos. Cuando todo terminó, los hermanos se sentaron en la escalera riendo mientras las primas intentaban limpiarles los rostros enrojecidos. El muchacho se levantó de la escalera, caminó algunos metros, se encucilló con los pies ya en el agua, se enjuagó la cara adolorida y la secó con el pañuelo. Sólo se volvió a mirar hacia el casino cuando la orquesta recomenzó a tocar y al descubrir las luces deformadas y demasiado

coloridas por los bordes, se dio cuenta de que estaba llorando. Tiempo después él contó que esa noche, al contemplar la sólida estructura de madera y las cabeza y torsos de las parejas bailando, sintió que todo era inconmovible y ni siquiera se imaginó que ese era el último verano del casino. Las primas dirían luego que ya en la madrugada escucharon entre sueños un coche, se levantaron y vieron a la muchacha despedirse de un hombre ni te creas que joven, dijo Elena; y no era ninguno de los del pleito, agregaría Berta... que mientras el coche partía, la muchacha entró silenciosa y estuvo, uy, mucho rato meciéndose despacito en el columpio del corredor.

Agosto fue mucho más caluroso que otros años, sin lluvias y con una brisa tibia que se detenía de repente dejando a los árboles inmóviles y sofocados. Exánime, la tarde tocaba los bordes de la noche en las banquetas todavía calientes, ese día en que la muchacha trepada en la barda charlaba con las primas, cuando él apareció en la esquina y al verla se quitó la gorra de beisbolista. Estaba a punto de saludarla sin detenerse pero ella saltó diciendo: ¿Verdad que sí quieres hablar conmigo? El no alcanzó a responder porque la muchacha lo besó en la boca ágil y rápidamente... Cuando trepó a la barda otra vez, ya habían acordado verse durante unos minutos después de la cena con la complicidad de las primas. Ella luego diría que jamás pensó en casarse con él, que sólo era una niña.

El padre no lo dejó hablar demasiado. Se rió ¿Casarte? Y con quién, le dijo, si se puede saber. Con Teresa, dijo él. Tú que le haces caso, dijo la madre, a esa edad cualquiera se llama Teresa y luego, como si acabara de leerlo en su tejido, agregó: lo que es este año sí hay ciclón. Llovió durante veinte días casi sin descanso y ese año el ciclón entró al puerto.

Tengo una idea muy confusa del aspecto de la calle la mañana siguiente al huracán. Llovía ya muy poco, más bien: lloviznaba. Había una inmensa pedacería de verde adherida a toda la barda o pared como un tapiz desordenado y lustroso. Ramas enormes a mitad del arroyo, cables, postes de alumbrado, árboles caídos con gigantescas raíces al aire. Cuando el muchacho llegó hasta la casa de ella lo primero que vio fue el columpio que el viento había incrustado en una ventana, destrozándola, pues ninguna estaba protegida con tabloncitos como debiera y, notó el muchacho, ninguna tenía cortinas. Tardó sólo un instante en comprenderlo. Ella después diría que nunca pensó en tener el hijo y que tanto su madre como su padre estuvieron de acuerdo en que abortara y que, por otra parte, ya estaban hartos del puerto, del calor, los mosquitos, los violentos nortes, las anuales amenazas de huracán. Dos o tres días más tarde, una madrugada, ebrio por primera vez en su vida, el muchacho llegó hasta la casa con su guitarra y la destrozó de un golpe contra el columpio que continuaba inmóvil encajado en la ventana.

A la semana el río descendió con toda el agua de las montañas sitiando, invadiendo dos terceras partes de la ciudad y fueron lentos, desesperados los días de otoño. El campeonato de las ligas del Golfo Norte se llevó a cabo y la selección del puerto no concurrió; otra ciudad ganó el campeonato y Beto Avila, en persona, entregó los trofeos. En tanto el agua descendía lentamente el puerto comenzó a oler a fango y muchos cadáveres reblandecidos y devorados a medias, comenzaron a aparecer. Las primas después dirían que varias noches lo vieron, ebrio, sentado en el corredor de la casa de la muchacha hasta que por fin la casa se vendió. Diecinueve años más tarde, al salir del salón de fiestas de un hotel en Detroit -y mientras esperaban a sus maridos-, la muchacha soltó una parrafada en su idioma que la amiga no comprendió. Sonriendo al breve gesto inquisitivo de ésta, ella agregó: I was a child... and innocent, and happy.

Tengo una idea muy vaga de la expresión de su rostro agotado por el alcohol, la vez que le dije que yo siempre había creído que los años anteriores al ciclón habían sido años muy felices; en cambio recuerdo claramente que me dijo que no... que a lo mejor sí hubo tiempos felices, pero que fue antes, mucho más antes.

Mambo no

Anoche, cuando vi que la llevaban a la sala de operaciones, me dieron ganas de llorar. Creo que no me reconoció. Se veía tan pálida. Si hubieras visto cómo era entonces: alta, delgada, con un porte... Era muy guapa, no bonita: guapa. Para ella el gris era lo máximo en elegancia. Todos los tonos. Usaba unos trajes sastre muy bien cortados; blusas con encajes discretos y, a veces, alguna corbatita de listón angosto. Sus zapatillas muy altas y caminando tan erguida, tan derechita. De veras que sabía caminar con zapatillas por esas calles sin banquetas, a veces tan llenas de lodo. Siempre tuve la impresión de que era altísima pero ya cuando crecí me di cuenta de que no lo era tanto, sino que era el porte, el porte que tenía.

Todo eso que te cuento fue despuecito del cincuentaicinco, del ciclón. Habíamos dejado de vivir en el llano porque todos nos quedamos sin nada con la inundación. Nos trajeron a vivir ahí, dizque en reacomodo, pero estuvimos pagando años y años el maldito terreno. Tú no sabes lo que es ser pobre, Patricia. Pobre pobre, de veras, así éramos todos los que fuimos reubicados ahí. Estaba horrible el lugar, sólo que más alto pero también cerca de una laguna; en las noches era un mosquero y un griterío de ranas que nomás no podías dormir, en serio. Por eso a mí nunca me ha gustado mucho el puerto; aquí siempre estás cerca del agua. Que si el mar, ríos, que si lagunas, canales o entre puros charcos. Agua por todos

lados, no se puede. Entonces yo era una chiquilla -así- y la veía cuando pasaba al trabajo, y veía a mis hermanas mayores y pues no, yo la admiraba a ella: esa manera de caminar, ese rostro siempre mirando al frente. Y la forma de vestir, tan fina. Me imagino que la mayor parte de lo que ganaba se lo gastaba en ropa. O a lo mejor ni siquiera tenía mucha pero sabía combinarla. Créeme que siempre traía medias y nunca vi que se le hubiera corrido un hilo, y mira que yo me fijaba en ella, me fijaba en todo. Anoche, cuando la vi tan acabada ya, me dieron ganas de llorar. Se me quedó mirando pero no creo que me haya reconocido. Le pasé una mano por el pelo y se me quedó mirando.

No sé qué es lo que me da tanta tristeza. Pero es que tú no sabes, Patricia, lo pobres que éramos todos ahí. Cuando llegamos no había drenaje ni luz; así que a fuerzas nos acostábamos temprano. ¿Será por eso que ahora me da tanta tristeza dormir de día? ¡Me deprime! En los meses de calor, en plena canícula, sacábamos sillas o bancos para sentarnos un rato en la calle al anochecer; y la chiquillada alharaquenta jugando con llantas viejas, con fierros torcidos que sacaban del dizque relleno... todos cenizos por la luz de la luna y el polvo. Entonces pasaba ella, como a las ocho y media, saludando muy amable, muy educada, pero sin detenerse a platicar con nadie. Me acuerdo mucho de un traje sastre de saquito corto con un bias azul en las solapas que era de una tela como de lino, cremita, y abajo una blusa de seda azul marino con el cuello abierto... vieras cómo me gustaba aquel trajecito crema, años soñé tener

uno así. Creo que era empleada de un almacén y no debe haber ganado mucho ¿Cuánto podía ganar una empleada entonces? Poco, muy poco, creo yo. Imagino que tendría veinte, veintidós años. Yo tenía hermanas de su edad pero no se juntaban con ella, y es que ella no se juntaba con nadie del barrio. Aunque una vez, cuando alguien de su familia cumplió años, hicieron fiesta y nos invitaron. Son cosas de las que me acuerdo como si fuera ahorita. Las fiestas de los pobres son como una danza para espantar la tristeza, Patricia, pero la tristeza conoce a los pobres y nunca se espanta; te lo digo porque de seguro tú nunca estuviste en una fiesta así... como la anilina amarilla con que en esos tiempos, los sábados, teñíamos el piso de madera; nomás duraba un rato y el lunes la madera vieja ya se había chupado el color. Pero esa noche ella era la más linda, claro, con un vestido de charmés gris perla de falda recta y un escote en 'v' por media espalda. Como si la estuviera viendo, me acuerdo. Otra cosa que tengo muy fija de esa fiesta es la música: el mambo. Casi puro mambo pusieron en el tocadiscos; y ya no era tiempo de mambo. Ella muy seria, muy diligente, atendiendo a todo mundo. A todos los que estábamos ahí apilados, en la salita de su casa. Me acuerdo de mis hermanas, de mi prima Teresa que murió de parto a los veintidós, de los muchachos de entonces... Yo tenía ya doce, pero comparada con ellos pues todavía era una niña. En un momento en que me dejaron pasar, fui a la cocina por un refresco y ahí me la encontré, recargada en una mesa con los ojos llenos de lágrimas y un pañuelito hecho bola en la mano. No te imaginas cómo me impresionó. Yo mucho tiempo tuve la idea de que en las fiestas de los

pobres siempre había en la cocina alguien llorando. Mucho tiempo.

Todavía hoy cuando voy a una fiesta y ponen mambo, no, yo mambo no.

No me gusta oírlo; fue una música muy alegre y lo que tú quieras, pero yo de esa época sólo tengo tristezas, una como opresión nomás de acordarme.

Y no creas que me decepcionó haberla visto llorar en la cocina, no, la seguí admirando, atenta a la hora en que pasaba para verla. Y sin comentarle nunca nada a nadie. A lo mejor porque de niña me hacía la ilusión de que ella no era pobre, o de que se podía no serlo. No sé; a esa edad yo empecé a tener un como coraje todo el tiempo. Ella, a veces se peinaba con una raya en medio y unos bucles gruesos sobre cada oreja. O se levantaba todo el pelo en la nuca sosteniéndolo con una peineta pequeña. Yo veía las revistas de modas y se me figuraba que ella podía muy bien haber sido modelo, con su cuello largo, su rostro anguloso, su boca fina. Ahora en la mañana subí a verla a recuperación, estaba dormida; la aguja de la transfusión se había movido un poco y había una mancha de sangre en la sábana. No sé por qué no me atreví a acomodársela y llamé a la de piso. Mientras llegaba me puse a mirar por la ventana; era la hora en que la gente pasa rumbo al trabajo y había viento ¡Y cuántas muchachas, Patricia! Todas muy bien arregladas, con esas modas de ahora, que son bonitas, no creas. Tantas mujeres que somos ¿no? A mi me da gusto verlas, jóvenes rumbo a su trabajo, me da gusto. Así pasaba ella entonces, pero pues entonces pocas, muy pocas

trabajaban. Hasta se veía mal, las criticaban; mi abuela era así, juzgona. Yo a ella, en el llano, nunca la conocí. Acá vine a conocerla. Luego la perdí de vista tantos años... Anoche estuve piense y piense; acordándome. Y me di cuenta de lo importante que fue para mí haberla conocido, haberla visto pasar por la calle tres, cuatro veces al día.

Para esto, ella siempre pasaba sola, sin que ningún muchacho la acompañara; hasta después de esa fiesta que te cuento. Entonces, un domingo, como a las tres de la tarde, que los voy viendo. ¡Era un tipazo, en serio! Le llevaría como quince años pero era un tipazo: con canas en las sienes y los ojos verdes. Hacían una pareja tan bonita... No sé, no me imagino la cara que puse cuando los vi, en cambio me acuerdo muy bien que pensé que ella merecía alguien así, y me dio mucho gusto verlos. Cuando la de piso me dijo que venía el doctor, no quise esperarlo y preguntar ¿para qué? Es casi seguro -tú sabes-. Ni tampoco ver los análisis, las pruebas... A partir de entonces él empezó a acompañarla algunas noches o a venir por ella los domingos. Los noviazgos de antes eran diferentes, como más bobos. Pero ellos no se veían bobos, de veras, ¡se veían tan bien! Las cosas eran de otro modo -algunas- otras siguen siendo iguales. Fíjate que yo nunca he pensado que eran mejores, no, yo siempre he dicho que eran peores antes. Hasta los carnavales. No sé si a ti te tocaron todavía los carnavales. De chica, mis hermanas me arrastraban cada año y sólo de uno me acuerdo con gusto. Y todo porque la encontramos en un baile, con él. Estaban bailando y hubieras visto lo

bien que lo hacían, con una elegancia... pero lo que más me llamó la atención fue verla reír. Cómo se reía, se reían, los dos, mientras bailaban. Ella tenía unos dientes pequeños, blancos y parejos, y llevaba un antifaz angostito de terciopelo azul, como si le diera pena cubrirse, como si sólo fuera la contraseña de que sabía que estábamos de carnaval. Era la primera vez que la veía reír así, tan contenta, y cómo se notaban en medio del gentío. Dicen que los carnavales eran muy bonitos pero a mí, te repito, no me gustaron nunca. Porque, te digo, en esa época yo estaba todo el tiempo como llena de coraje, contra todo, pero también como llena de tristeza; con la sensación de que no había un lugar para mí, de que jamás habría un lugar en donde yo pudiera estar. Lejos de aquellas calles llenas de perros asoleados. Anoche, sentada en la sala, cerraba los ojos y la veía como si fuera ayer. Estaba cansada pero no quería acostarme, no tenía sueño. Tenía como todos los recuerdos metidos entre los ojos y la garganta, hasta la nariz me dolía ¿Sabes que yo nunca, nunca le hablé? Ella sí, algunas veces, cuando era niña, me agarró los pelos a la pasada y repitió mi nombre dos o tres veces; como diciendo “m'hija, qué friega ser pobre y ser mujer”. Yo pienso ahora que ella sí entendía lo que era entonces ser mujer, algo que a ti no te tocó como nos tocó a nosotras, Patricia. O será que para mí fue más claro, al verla, lo que significaba serlo. Te hablo de cuando ya tenía trece años y la seguía viendo con esa admiración que se me fue quedando en los años que vinieron luego. Anoche estaba ahí sentada, ya tardísimo, y veía mi departamento, tan chico que es -tú lo conoces-, y era como si estuviera mirando toda mi vida.

Todos los años que me llevó reunir tanta cosa y que no sé ni cuándo empezaron. Todo lo que fui juntando desde... no sé, quizá desde que conseguí la beca para estudiar enfermería. ¿Sabes? a mí nunca me gustó la enfermería; yo hubiera querido otra cosa pero era mi oportunidad, mi única oportunidad y la pesqué. No me arrepiento. De pobre no puedes escoger más que entre huir o quedarte para siempre. Y siempre como que es mucho infierno incluso para los pobres. Anoche me sorprendió descubrir con cuánto amor fui juntando cada objeto, con cuánto apuro ¿Sabes qué fue lo primero que tuve mío mío? Un sofá que tenía los cojines reventados. Pero yo quería mi casa, un lugar para mí, porque sentía que lo merecía. Así como ella se formó esa imagen tan bonita de sí misma, de ser mujer; con sus trajes grises o aquel de lino crema, sus blusas con holanes y encaje, su manera tan especial de caminar...

Nunca supe qué pasó. Nunca. De repente, a los quince, me fui del barrio a casa de unos tíos que vivían más cerca de la escuela porque ni para los pasajes tenía yo -te lo juro-, y no supe. Al barrio nomás volví después, de visita, y nunca quise preguntar, para qué. Las mujeres a veces somos tan tontas, Patricia, hemos sido tan tontas. Dicen que la pasión nos vuelve locas pero ¿qué otra cosa teníamos aparte de la pasión? Nada. Yo, al menos, no tenía nada. Luego tuve un sofá con los cojines reventados y una pata rota. Esa noche viéndolo todo, de repente, me daban ganas de reír... ¿Quién construye su vida alrededor de un sentimiento? La mujer...

¡hazme el favor! Por eso, a veces, nos quedamos hasta sin vida, no es justo...

Me da coraje. Todavía hoy me da coraje. Ahí estaba, oyendo el ruido del refrigerador; mirando el tocadiscos, las mesitas, la televisión, las cortinas, las revistas amontonadas y las medias cansadas en un respaldo... A ella jamás le vi un hilo corrido en una media, jamás. Cerraba los ojos y la miraba: erguida, orgullosa de su porte, de su ropa, de todas esas cosas que había reunido para sí. ¡Tan hermosa, Patricia, tan hermosa! Cuando parece que nosotras ni siquiera a eso tenemos derecho. Despuecito de que papá murió, una mañana saliendo del turno me fui a meter a un café de chinos, al que papá me llevó alguna vez de chica, por los bísquites. Pedí uno y un vaso de café con leche. A esa hora el lugar se llena de hombres que van a sus trabajos y todos piden lo mismo. Me puse a ver sus caras, todas iguales; como que la pobreza te deja muy poco tiempo una cara propia y luego luego te la quita, te la arranca para meterla en el mismo molde de amargura para siempre. Entrando no lo reconocí, pero ahí estaba, también con su café y su bísquete. Y ya era un anciano, un anciano. Ni restos de aquel tipo que había sido el novio de ella: la ropa vieja, la barba de tres días, los ojos verdes como flotando apenas en agua sucia. Me le quedé mirando, no sé, sorprendidísima, y entonces me miró como si me reconociera de algún sitio ¿pero cómo? como si se acordara de mí cuando los veía pasar, cuando los vi bailar y reírse en aquel carnaval del cincuenta y nueve, tan contentos.

¿Sabes? A los veinte una cree que olvida. Será por la sensación que tenemos a esa edad de que ahora sí va a empezar la vida. Anoche me di cuenta de que uno nunca olvida. Ahí sentada, mirando mi casa, volví a oler su perfume -aquí-, con la garganta. Y escuché de nuevo su voz cuando a la pasada, alguna vez, me agarró el cabello y repitió mi nombre. Y supe cuánto le debía mi vida a ella; a ella con su elegancia, con su manera de no rendirse. Porque yo, cuando era niña, supe, entendí lo que me estaba diciendo. ¡Lo entendí, Patricia, lo entendí! Y luego me costó tanto todo... Me costó mucho, y años y años, Patricia. Lo estaba mirando todo junto y me puse a llorar. A chillar como loca, como no había llorado nunca. Y de repente hasta gritaba y no podía dejar de llorar. No sé cuánto tiempo estuve así; cuando empezó a amanecer ya estaba quieta, toda bañada de mocos y de lágrimas. Me sentía rara, como cuando ya de grande regresaba a mi departamento luego de pasar unas horas en el barrio, visitando a la familia... Como cuando pierdes un anillo no muy caro que ni siquiera te gustaba mucho, una como molestia por no haberlo tenido un poquito más. No sé...

Me levanté del sillón toda entumida, me bañé y me fui caminando hasta el café de chinos... a los bísquites que a mí nunca me gustaron, que siempre me supieron como a tierra, como a polvo de barrio miserable. A lo mejor esperaba encontrarlo ahí otra vez, y pensaba decirle de ella, avisarle, que viniera a verla. Pero claro, no estaba. Ni probé el bísquete; me vine para

acá y subí a recuperación. Estuve mucho rato mirando por la ventana las muchachas que pasaban rumbo al trabajo... y me dio tanto gusto verlas, ¡tanto gusto! Antes de que llegara la de piso, me acerqué otra vez a la cama y la besé varias veces en la frente, diciéndole en voz baja que las viera, que eran como alguna vez fue ella: tan elegante, tan seria, tan hermosa. ¡Que las viera..! Y le pasé la mano por el pelo como ella hizo un día conmigo, y repetí su nombre varias veces. Pero ya no lloré, no, ya no Patricia, para qué.

PRIMAS LEJANAS

Ponía la lengua seis centímetros abajo de la hondonada de la cintura, un poco antes de la culminación del coxis, en el inicio de la unión; ahí donde confluían, apenas visibles, finos vellos negros como una llovizna sobre arena y, lentamente, se expandía en su boca el sabor amargo del perfume. Miraba bizqueando la continuación ascendente de la línea de juntura de las nalgas y después, la ventana pequeña con hojas de madera que pendían inseguras de rechinido y óxido. Quedaba un largo rato con la lengua ahí haciendo escurrir una gota de saliva hasta el cuenco para sorberla luego. Miraba más allá de la ventana el mar espeso de sol y entonces veía cruzar lento a Teresa, sin zapatos, con un moño blanco en el pelo y un vestido rojo de escote amplio, angostos plisados horizontales al frente y holanes de organdí en la falda. De repente Teresa daba un salto huyendo de las olas y salía del campo de visión encuadrado en la ventana. El entreabría las nalgas, las separaba despacio sintiendo en sus dedos la consistencia del migajón de un pan recién horneado, mientras avanzaba la lengua por el estrecho canal. Una gaviota aleteaba afuera, adentro, y el sabor acre era en su nariz un bello olor que, pensó entonces, jamás olvidaría. La línea declinaba de pronto hacia el ano; hacia el pequeño agujero de mínimas arrugas confluyentes donde el perfume peligraba, y la lengua del muchacho se proyectaba rápida hacia el centro, presionando. Las nalgas se endurecían al instante, ¡no!, Adelina saltaba incorporándose y al movimiento de su carne la tarde temblaba como una débil escenografía ante los ojos deslumbrados. ¿Por qué no? Preguntaba luego el muchacho sin atreverse ahora a posar las manos en los muslos de ella

para no descubrir totalmente su erección. Pero Adelina no lo miraba, saltaba de la banca arrastrando consigo la toalla y, riéndose, agregaba lejana cual si estuviera hablando a otro, es que eso no se hace, primito.

Adelina se vestía con agilidad, rechazaba su ayuda en el broche del brasier porque él carecía de práctica, y mientras ya vestida la miraba peinar la cabellera negra con cepillazos rápidos, el muchacho volvía a insistir: quédate Adelina; a estudiar, a trabajar acá. Y como única respuesta, ella le golpeaba la nariz con el índice e inclinándose un poco porque siempre fue un poquito más alta que él, le daba un beso ligero en los labios. Y vámonos, porque Teresa ha de estar fastidiada.

Sentada en un tronco mirando el horizonte, con el vestido recogido entre las piernas, Teresa hacía surcos en la arena húmeda con los talones y como si los adivinara, se volvía a mirarlos con un gesto burlón; esperaba a que estuvieran cerca del coche y entonces echaba a correr para llegar primero y trepar de un salto diciendo, yo en medio. Teresa tenía la misma cabellera, las mismas cejas, los mismos ojos profundos y negros que su hermana e incluso, tenía ya casi igual estatura pero, con sus recientes trece años, conservaba aún el cuerpo anudado, un tanto chueco y delgado, que a él le molestaba. Ya en el coche, ella respondía a la reprobación silenciosa del muchacho, enseñándole la lengua o haciendo un bizco para dedicarse enseguida a manipular la radio que no producía más que crujidos hasta que harta le

pedía ándale, pláticame más del ciclón porque yo nunca he visto uno y a lo mejor nunca lo veo. Adelina se desentendía, sonreía a medias volviéndose a mirar los albos médanos que rápido quedaban atrás y defendía con una mano su pelo de los enredos del viento. Y el muchacho observaba de reojo cada movimiento, cada gesto, porque hasta entonces Adelina nunca lo tocó delante de alguien, nunca, ni jugando. Y él hubiese querido que ella fuera a su lado, que recargara la mejilla en su hombro como en las películas o que ahora se volviera, vuélvete Adelina, y le platicara cosas de su vida, de Monterrey, de todo, menos, claro, del tipo con quien supuestamente se casaría. El auto entraba a las desiguales calles del puerto cuando él terminaba de contar a la boquiabierta Teresa que ese cuarto, que era el cuarto del fondo, fue lo único que quedó de la vieja casa del tío en la playa. Ay, y todo ladeado, callaba ya Teresa y la tarde en declive.

A él le chocaba el instante de parar el coche frente a la casa de los abuelos, porque ahí a un lado de la puerta, bajo el flamboyán que ese año floreció muchísimo, estaban los primos, los hermanos charlando en bola alrededor de Rosalía, la mayor de las tres, y en el corredor o acodados en el barandal, los tíos, los abuelos y todos, todos, se volvían a mirarlos; luego, mientras descendían del coche, Rosalía decía algo en voz baja y reían los jóvenes con estruendo. Y él, con sus dieciséis años agobiados entre la rabia y el sonrojo, apenas si los miraba al pasar. Subía luego las gradas tras las muchachas y ya la tía Carlota

preguntaba a sus hijas si se habían divertido. Adelina hacía un gesto vago en tanto abrazaba a su padre por la espalda y muda, le peinaba las canas desordenadas, antes de perderse en la penumbra interior de la casa y Teresa, buscando donde sentarse, contestaba que no mucho, ni se crea que mucho, y miraba al muchacho. La charla derivaba errática como el rumor de la brisa entre las copas de los mangos y el flamboyán, mientras él seguía con disimulo el trazo exacto de las arrugas en el rostro afilado del padre, el tic en la comisura izquierda, las cejas tan negras como los ojos profundos de donde Adelina y Teresa, no así Rosalía, habían copiado los suyos. Un golpe de brisa hacía caer al pasto las flores del limonero; subía de la cocina un olor a café hirviendo mezclándose con el olor de las flores truncadas. Adelina volvía recién duchada; todo el pelo recogido sobre la nuca, una bata blanca de algodón con tres vueltas en cuello y mangas de un encaje entretejido con cinta de popotillo azul, la línea rosa de los labios dibujando apenas una sonrisa y una breve mirada desde aquella distancia, hacia el muchacho. Abrazaba nuevamente al padre, descansaba la barbilla en su cabeza; el padre besaba las puntas de los dedos de la muchacha y a lo lejos ladraba un perro al paso de un tranvía. Y mientras empezaba a sonar el reloj del pasillo, todos se levantaban para ir a cenar y quiero que hoy se duerman temprano, no se vayan a ir por ahí, decía el padre, porque mañana tenemos cita con el fotógrafo.

En la fotografía blanco y negro, aparecen sentados en primer plano, en idénticos sillones de madera y mimbre, de izquierda a derecha, el padre y la madre de Adelina seguidos de la abuela y el abuelo del muchacho. El y Teresa están en un plano intermedio en los extremos. Atrás, los dos hermanos de Adelina, luego ésta y Rosalía y por último sus hermanos. Todos llevan trajes oscuros menos el padre que tiene una combinación de saco sport claro con pantalón oscuro y no lleva corbata. Las dos muchachas mayores llevan el mismo peinado pero el pelo cae en cada una sobre los hombros opuestos y es Rosalía la única que sonríe abiertamente. Cada vez que en los años siguientes el muchacho contemple la foto, habrá de preguntarse cómo era posible que Adelina fuera tan hermosa. Cómo podía reunirse bajo un sólo nombre ese extraño rostro anguloso y fino como de soslayo, la mirada en una distancia de sitios imprecisos bajo las negrísimas cejas y las llovidas pestañas, la sonrisa que más bien parecía el recuerdo de otra sonrisa, con el cuerpo que era, por otra parte, una bárbara presencia carnal que lo hacía estremecer y por dentro lo arrastraba al otro extremo de donde la visión de aquel rostro intentaba en vano retenerlo. Ahora, frente a la cámara, el muchacho ha levantado una ceja fingiendo un gesto adusto pero no puede evitar que en su mirada se revele el perfume de Adelina cuando en el pasillo que lleva al tocador, le arregló el pelo con los dedos, le ajustó el nudo de la corbata y, mientras él preguntaba si te quedarás, Adelina ¿te quedarás?, ella lo

besó suavemente en los labios, le golpeó con el índice la nariz y sabes, le dijo ¿sabes que eres el muchacho más guapo que vi en mi vida?

Ese día fue el único que el muchacho recuerda haber visto beber al abuelo; fue una larga sobremesa platicando con el padre de Adelina. La botella ámbar del brandi está casi vacía y el abuelo escuchando recoge del mantel boronas, restos pequeños de comida que acumula en el borde de un plato con las yemas de sus dedos toscos. Atrás de él, más allá de la puertaventana, el sol de las cuatro de la tarde hace estallar de verde el desorden descabellado de los helechos que resplandecen contra la barda recién encalada. El padre calla para servirse con las manos temblando un poco, el resto de la botella; el abuelo levanta la vista con un gesto tan triste y cansado que el muchacho que entraba en ese instante descubrió sin emoción que aquel hombre, que hacía apenas unos meses le pareciera tan fuerte, era ya un anciano. El abuelo, con tono de dar por terminada la charla dijo que ojalá y tengas razón; ojalá y no deban de pasar otra vez once años para que vuelvan a visitarnos y tú a decirme que estabas equivocado. Equivocado o no, lo sabrás mucho antes, respondió el padre, aunque no nos veamos -había un ruidal de pájaros en un mango cercano- nunca. Y luego, reparando en la presencia del muchacho, yo todavía tengo esperanzas. El abuelo lanzó sobre la mesa las llaves del pontiac, se levantó doliéndose de la cintura y fe dijo, a tu edad fe es lo que hay que tener. Más tarde, mientras el coche enfilaba rumbo a la

playa, Teresa logró por fin sintonizar una emisora en la radio. Con voz baja y grave, Adelina comenzó a seguir la letra de “Noche azul”, sorprendiendo al muchacho y más todavía, cuando sonriente y sin dejar de cantar ni importarle la presencia de su hermana, alargó el brazo y acarició con la punta de los dedos, su perfil. Repuesto de sorpresa y sonrojo, el muchacho supo que las vacaciones habían terminado; casi frente al parabrisas una gaviota aleteó desesperada.

El fin del verano hundido en un sopor que no auguraba otoño alguno, con un ciclón que vagó por el caribe durante dos semanas sin entrar al Golfo ni arrimar a la costa las lluvias septembrinas y cuyo nombre el muchacho nunca pudo recordar, pareció una señal. Ingresó a la preparatoria y en diciembre sus hermanos lo llevaron a Casa Pepe, donde le hicieron beber sus primeros tragos y le pagaron, entre bromas, una puta. Al año siguiente murió el abuelo sin que nadie de Monterrey viniera al sepelio. Por esos días de casa silenciosa y olor a veladoras, el muchacho recordó los patines que perdiera de niño; recién se los habían regalado y apenas estaba aprendiendo a andar en ellos. Lloró toda una tarde. Al otro día el abuelo le compró unos de mejor calidad; y aunque durante semanas cargó con ellos a todas partes cuidándolos con esmero, jamás aprendió a usarlos. Desde entonces no los había visto. Los buscó y encontró dentro de una bolsa envueltos en una franela. Salió con ellos y subió al tranvía y, cuando éste cruzó el puente sobre el canal, por la ventanilla lanzó el bulto al

agua. Apenas dos meses más tarde entró a la casa de la abuela la primera televisión del barrio y los tíos se afanaron un domingo completo para erigir sobre el techo la enorme antena. Parado a un lado de la puerta, el muchacho contempló sin demasiada curiosidad aquel cinito temblón de figuras inquietas que de repente se inclinaban, permanecían así unos segundos y terminaban convertidas en horizontales manchones irreconocibles. Es para que tu abuela no se sienta tan sola, explicó uno de los tíos antes de gritar por la ventana que la giraran un poco a la izquierda, con lo que los manchones de la pantallita se inquietaron otra vez. El muchacho dijo ah, metió las manos en los bolsillos donde tocó la ajada y clandestina cajetilla de Gratos y se dejó caer en el sillón más próximo mirando en la pared la fotografía: seguramente Adelina ya estaría casada. Incrédulo, porque jamás pudo concebir que un sólo hombre pudiera tener para siempre una mujer tan bella. Y las bodas eran para siempre, había dicho una vez la abuela. Un vacío espeso goteó de la boca del estómago al pecho donde se convirtió en un suave y breve dolor.

Una mañana de ese mismo año, al llegar a la casa de la abuela no encontró la enorme fronda del flamboyán; éste yacía apilado en montones de troncos y ramas tanto en la banqueta como en el patio en medio de millones de hojitas, mientras un anciano sudoroso escarbaba alrededor del tocón para mutilar las raíces. Al mirar la casa sin el verdor enmarañado al frente, la descubrió empequeñecida y vieja. Entró en

ella de prisa, recorrió el pasillo y, extrañado, miró en la cama que había sido del abuelo al hermano mayor de Adelina que dormía vestido, la camisa sucia, la barba sin recortar y un raspón ya seco en la mejilla. Bajó corriendo las escaleras posteriores y encontró a la abuela en la cocina, junto a la estufa y para qué, agitado, para qué tumbaron el flamboyán. Pero la abuela pareció no escucharlo y sin dejar de menear una olla le dijo: los soldados mataron a tu tío en Monterrey.

En esos días decían que los trenes no eran seguros y el muchacho y sus hermanos viajaron en autobús a Monterrey para ayudar en la búsqueda del cadáver y en la localización del otro hermano de Adelina. Mientras el verde paisaje del Golfo se volvía miserable y el muchacho que jamás había salido del puerto intentaba convencerse de que también ese era el país, terroso, ajeno e inmóvil tras la ventanilla, su hermano le repitió en voz baja: ¿De veras no sabías que el tío era comunista? El nunca se había interesado en nada de eso aunque alguna vez lo oyera así que, sin dejar de mirar por la ventanilla, agregó como para sí: pero sólo era una huelga. Monterrey se le reveló como una ciudad horrenda, de un calor que se apretaba al cuerpo cubriendo los poros e impidiendo el sudor; como si la suciedad quedara adentro formando otra piel de grasa y deshechos. Fueron días cansados y largos, caminados entre el temor y la comida a deshoras en cualquier sitio, hasta que al tercer día ubicaron al hermano en una cárcel, aunque no les permitieron verlo. En cambio el cadáver del padre no apareció

jamás. En las breves veladas nocturnas después de la cena, entre el llanto de la tía, el azoro y los ojos enrojecidos de Teresa, el silencio discreto y los cigarrillos furiosos de Rosalía, llegaba el marido de Adelina para informar del estado de salud de ésta con una sequedad no exenta de inculpación; se negaba a sentarse, a tomar algo y dudando junto a la puerta una de esas noches, agregó mirando al piso: van a darle electrochoques.

Así que aquí había nacido, que aquí había crecido Adelina, se dijo el muchacho mirando con detenimiento la casa aparentemente solitaria a esa hora. En esta sala minúscula, en este apretujamiento de muebles viejos tapizados de verde opaco y oro con rígidas aplicaciones de polvo invisible y las carpetas tejidas en hilaza de color amarillento. Con el reloj rebuscado inútil bajo una campana de cristal y la radio antigua que en esos días permanecía encendida a bajo volumen en espera de noticias que nunca llegaban. Aquí Adelina había escuchado “Noche Azul” a principios de los cincuentas y la había cantado a dúo con Rosalía. Y más antes, había salido de aquí rumbo al puerto, cuando era una niña de nueve años que él nunca pudo recordar porque sólo tenía cuatro. Y había regresado por el estrecho pasillo de luz escasa preguntando al padre cuando volverían otra vez al mar y el padre, que entonces no tenía canas ni le temblaban las manos, había dicho que quizás en tres años. Pero pasaron once y en tanto, su carne tibia se había desbordado hasta el límite brillante de su piel y su entrepierna se había cubierto de vellos cada día más firmes, oscuros y rizados. El

muchacho tocó con emoción, en el barandal de madera, huellas de golpes juveniles, de mordeduras de impaciencia. Subió por la escalera de cuatro peldaños, avanzó por el breve pasillo y se detuvo a contemplar la sala silenciosa, atravesada por las líneas de luz solar que trazaba la persiana, y casi escuchó las risas de Rosalía y Adelina, el rumor de sus faldas amplias, sus crinolinas, o la voz de Teresa gritando impaciente junto a la puerta de salida, ay, apúrense, a poco creen que nomás por ustedes se va a esperar el tren. Y entonces casi las vio salir de la recámara tumbando con una de las abultadas maletas, el florero; casi las vio saltar, jugueteando, la escalera, mientras su perfume se expandía. El muchacho se volvió frente a las dos puertas cerradas y contempló en la mesita el florero roto y vuelto a armar, conteniendo el plástico indestructible de tres flores. Se acercó y posó la mano en el pomo oscuro de la puerta de la que fuera la recámara de las tres muchachas y miró a Adelina al pie de otra puerta, en otro día lejano en el cuarto de la playa; la recordó volviéndose con una sonrisa: ¿a poco de veras crees en dios? Y él, que sí creía, aunque alguna vez el abuelo hubiera dicho que en la vida de los hombres sólo había trabajo y sueño y ningún sitio para dioses, mintió: No, Adelina, cómo crees. Ahora, porque, lo sentía una deuda vergonzante, mientras apretaba en el puño el pomo de la puerta, dijo en voz alta: Te juro, Adelina, que yo tampoco creo. Ya no, Adelina. Cerró los ojos, abrió la puerta y avanzó un paso. Se detuvo y quedó inmóvil al mirar a Teresa, desnuda y luminosa, sentada al borde de la cama, apenas confusa. Sin decir nada se acercó

a ella y se hincó a sus pies sobre la toalla húmeda colocando las manos en las rodillas de la muchacha. Esta se recostó despacio y las manos del muchacho bajaron a las corvas separando y levantando un poco las piernas. En medio de la blancura de los muslos gruesos, en medio del manchón de vellos oscuros, se dibujo una hendidura oval como una gota lenta entreabriéndose desde los bordes de color café claro hasta el centro rojo y húmedo al que los labios del muchacho se acercaron probando un estremecimiento, un camino de sal leve y un olor a jabón colgate. La boca subió hasta la parte superior de la abertura y él escuchó el roce de su nariz con el mechón más intenso de vello, al tiempo que presionaba con la punta de la lengua el clítoris. Los tendones en las corvas de Teresa dieron un tirón y los muslos temblaron. Luego de unos segundos la voz muy suave dijo algo que él no pudo descifrar pero que inmovilizó su lengua. Despacio retiró la boca y recargó en el pubis la frente hasta que un estremecimiento del vientre femenino le hizo levantar el rostro para encontrar una mirada que se recuperaba a sí misma sin nostalgia, ligeramente sorprendida. Se miraron con brevedad y, enseguida, ella cerró los ojos y por el rostro pálido descendieron las lágrimas. Es que ya no tiene sentido, repitió Teresa, con una ligera palpitación en la comisura que él nunca había notado. El muchacho intento comprender, pero intuyó al instante que no comprendería nada hasta que pasaran muchos años; aceptó las manos de ella en el pelo y, apretado contra su vientre, la vio cruzar allá lejos a la orilla del mar y pensó en sus patines, en las canas

desordenadas del padre y el tic en la comisura, en la dulzura innombrable del cuerpo de Adelina, en el flamboyán que había florecido tanto aquel verano, en todos los años que se había esforzado por no llorar. Y lloró.

Las bodas sucesivas de la familia en el puerto fueron desplazando de las paredes de la sala, la fotografía. Finalmente quedó en un cuarto lateral, colgada sobre la mesa donde en los últimos tiempos se acumularon botellas de medicina. Ahí cayó una tarde de 1966 rompiendo un frasco de Linimento de Sloan que la abuela usara hasta su muerte para combatir el reumatismo. El fuerte líquido destruyó la foto.

Dos adioses

Al separarse de su mujer compró el automóvil usado, la máquina de escribir eléctrica y la bata azul de seda. No fue que hubiera obtenido algún premio menor de la lotería sino que uno de sus innumerables tíos había muerto y a él le había tocado el dinero suficiente para comprar esas tres cosas y nada más. No sabía conducir y si compró el coche fue porque jamás había tenido uno; tampoco una máquina eléctrica ni una bata azul, pero la máquina la compró porque durante años había acumulado manuscritos de poemas y relatos y creyó llegado el momento de ordenar aquel material; y la bata, porque se le ocurrió que ahora que viviría solo podría recibir alguna ocasional visita femenina vistiendo como los galanes del cine gringo en los cincuentas que siempre había admirado y repelido en secreto.

En realidad, fuera de esto, al separarse de su mujer no pensó que su vida tendría algún cambio, ni leve ni mucho menos radical; claro, ahora bebía un poco más porque disponía de más tiempo libre, pero lo mismo hacía un poco más de gimnasia ligera y leía y escribía también un poco más. En esas primeras semanas de nueva soltería se miraba en el espejo largamente sólo para descubrir que no era como alguna vez imaginó que sería. Ciertamente, a los treintaiséis no poseía el rostro interesante de los escritores por más que ahí, frente al espejo, otra vez adolescente, gesticulara ensayando; finalmente, la imagen de ese rostro que no había alcanzado la adustez, la seriedad o la mirada profunda, le llevaba a considerar con cierta melancolía el tiempo que

entonces creía haber perdido: años y años. Esto, cuando la noche anterior se había excedido con el alcohol, le deprimía un poco aunque, por otra parte, encontrara rápido consuelo en la posesión del coche, de la bata azul y de la máquina eléctrica con la que, pensaba, pasaría sus escritos en limpio para conseguir enseguida su publicación. ¿Cómo? No lo sabía, pero eso le bastaba porque él nunca había sido un tipo de planes a largo plazo. Por cierto, si ahora tenía alguna idea sobre los años por venir, ésta era que de ahí en adelante viviría siempre solo. Era una especie de viejo sueño, lo había imaginado de joven y luego, como todos, no había podido realizarlo. Cuando recordaba esto caía en cuenta de lo auténtica, le parecía, que resultaba su carencia de proyectos o su indolencia para realizar alguno pues siempre había esperado que las cosas sucedieran por su propia dinámica y, ni siquiera con las mujeres, se había esforzado por lograr una conquista. Pasaba y ella estaba ahí; o ella pasaba y yo estaba ahí, decía algunas veces sonriendo.

Para aprender a conducir el automóvil pidió a Néstor que lo instruyera. Por ese tiempo Néstor era medio alcohólico, medio maestro de prepa, medio amante de Nina y medio amigo de él -en realidad, le daba a veces la impresión, Néstor parecía estar siempre en duermevela-. Comúnmente las clases de manejo se realizaban los sábados al atardecer, eran breves y concluían con unas cervezas o rones en el pequeño departamento medio disfrazado de cueva de intelectual y

leonero que, verbigracia, Néstor ocupaba; estas cervezas o rones podían ser tan breves como las clases pero solían también alargarse hasta la madrugada. Fue una de esas noches cuando Nina llegó acompañada de Analuisa. Era temprano, cerca de las diez de la noche apenas. Analuisa era una chiquilla morena, delgaducha, con algunas pecas en el puente de la nariz que era bella, y esa noche casi no habló durante la hora y minutos que permaneció sentada, dando sorbos pequeños a su cocacola. En cambio Nina, como siempre, fue la que más lo hizo y la que, ya para marcharse, se encargó de comprometerlo en un asunto absurdo con la chiquilla. Así, los próximos cuatro o cinco sábados a ¡las ocho de la mañana!, él recibiría a Analuisa en su departamento para que ésta trabajara en su nueva máquina de escribir eléctrica pasando en limpio el trabajo de tesis de un primo, una hermana o quién sabe quien. Esto, por supuesto, era casi un desastre, primeramente porque su departamento siempre estaba tirado y luego porque los viernes eran noches de dominó en el bar Avenida que solían terminar cerca de las tres, por lo que los sábados prefería dormir hasta tarde y estar en forma para las clases de manejo. Entre semana intentó localizar a Nina por teléfono para ver si había manera de cancelar aquel compromiso incluso prestando su nueva máquina eléctrica, o cuando menos cambiarlo a otro horario menos incómodo, pero no lo consiguió. Y como quiera que ese viernes llegó a casa pasadas las tres de la madrugada, dejó abierta la puerta de la recámara para escuchar los toquidos pues no tenía timbre y no pensaba levantarse más

temprano; además, cayéndose de sueño, extrajo de su empaque original la bata de seda azul aún sin estrenar y la extendió sobre un sillón para que se desvanecieran las líneas de los dobleces. Él nunca había sido un seductor ni de joven, cuando tanto le deleitaba su propio rostro en el espejo e incluso su cuerpo, y jamás había aprendido, esa era otra de las frases que a veces repetía, a tumbar mujeres en la cama; aunque en raptos de sinceridad no podía menos que reconocer que le hubiera encantado hacerlo. Por años, sobre todo en los largos años de su matrimonio, las pocas ocasiones en que había tenido una relación extramarital, en el instante decisivo no había podido desembarazarse de una extraña torpeza que lo cohibía y que, avanzando, se convertía en una torpeza mayor y en la terrible certeza del ridículo. Tal vez por ello, cuando ya acostado y unos segundos antes de apagar la luz, miró la bata azul desplegada sobre el sillón como un velamen en espera de viento propicio y aventura, no pudo menos que sonreír y sentir una leve tristeza por sí mismo al recordar la edad de Analuisa: dieciséis años.

Los golpes en la puerta lo despertaron de su profundo sueño posalcohólico de una manera abrupta pero en seguida, gritando un destemplado voy, saltó de la cama, se puso la bata sobre los calzoncillos, corrió al baño golpeándose la cara con las yemas de los dedos sobre todo en la piel bajo los ojos; lavó el rostro constatando el crecimiento de la barba que no le pareció demasiado, exprimió en la

boca el tubo de dentífrico, se pegó al grifo del lavabo, hizo gárgaras espumosas, arrojó el líquido blancuzco en un chorro hacia la taza del wc y, gritando otro voy, ahora más entonado al tiempo que checaba la bata y su cruce correcto bajo el cinturón con una mano mientras con la otra se cepillaba el pelo humedecido, alcanzó la manija de la puerta e introdujo el cepillo al bolsillo de la bata, abriendo. ¿Te desperté?, ya preguntaba Analuisa recién bañada, con una sonrisa, como si estuviera ahí desde siempre, esperando a que él abriera la puerta. Al sonreír Analuisa mostraba un par de dientes grandes, un poco mayores que lo normal y, al hacerlo, arrugaba ligeramente el puente de la nariz donde las pecas saltaban como chispas de un dorado tenue sobre la piel morena. Llevaba una blusa ligera con estrechos tirantes que subían por sus hombros angulosos tocados por las puntas del cabello oscuro. Atrás de ella, visible desde el quinto piso, la ciudad y su verdor eran iluminados por un sol que ya estaba alto; todavía más allá, era visible el río y las lomas de un verde pardo al otro lado, todos esos sitios que desde ahí parecían compactos pero cuyos interiores él había caminado en todos los años de su vida. Se echó hacia atrás, inseguro de su aliento y sonriendo también a la muchacha que avanzó bajando la mirada y fijándola, demasiado tiempo pensó él con pena, en la bata a la que ni siquiera se le habían borrado las líneas de los dobleces originales; se arrepintió de habérsela puesto y apresuró las instrucciones que consideró pertinentes, tan de prisa que hizo sonreír a Analuisa que lo miró con asombro. Como ella parecía no haber

entendido, así interpretó él el gesto, repitió otra vez lo que consideró más importante: el contacto eléctrico, el cajón donde había más hojas por si necesitaba, la puerta que correspondía al baño, los refrescos que había en el refrigerador (y que había comprado para ella desde la tarde anterior, pero esto, por supuesto, lo omitió), y que al cerrar, por favor, lo hiciera de golpe cerciorándose luego con un empujón si había atrancado porque a veces no quedaba realmente cerrada. Analuisa lo escuchó todo otra vez con el mismo gesto de diversión asombrada oprimiendo contra su pecho la gruesa carpeta de vinil y luego, sentándose al escritorio en el sillón giratorio, le dijo: no pensé que fueras a salir. Hasta ese momento él reparó en que la muchacha lo tuteaba como no lo había hecho la noche en que la conociera tan brevemente. Sí, pero estás en tu casa, en serio, con toda confianza... Nina y Néstor son amigos míos y... Agregó inútil. En seguida se perdió por el pasillo, se dio una ducha rápida, se vistió, escuchó iniciarse el teclear suave de la máquina, salió de la recámara cerrándola con llave y procedió a despedirse agregando, como distraídamente, que en el refrigerador había algunas carnes frías, por si deseas un bocadillo. La muchacha, con los ojos negros muy abiertos, se lo agradeció sonriente mientras las yemas de sus dedos tocaban apenas las teclas en espera de reiniciar el trabajo. Se había recogido el pelo en una pequeña, lacia y desigual cola de caballo y se veía más chiquilla todavía.

Los tres sábados siguientes se repitió la situación casi sin variaciones, aunque ahora procuraba estar despierto cuando ella llegaba y no volvió a ponerse la bata azul que regresó a su empaque sin cuidar de doblarla de manera adecuada. La excepción ocurrió en la quinta sesión sabatina porque la muchacha comentó que la máquina fallaba ligeramente en la letra A; él también lo había notado ahora que dedicaba dos horas tres noches a la semana a corregir y pasar en limpio sus escritos: la patita derecha de la letra se imprimía ligeramente desvaída pero, para la próxima vez ¿vendrás aún el sábado siguiente? Analuisa dudó un momento y parpadeó, mostró sus dientes grandes y dijo que sí, creía que sí porque todavía faltaban varios detalles. Es que pienso comprar una esfera nueva para corregir el defecto, dijo él.

Analuisa estaba casi de perfil y giró el sillón impulsándose con las puntas de sus tenis azules hasta quedar frente a él, con lo que su intención de dar por terminada la charla se quebró. En realidad no importa mucho, casi ni se nota. El pelo doblaba sus puntas en la base del fino cuello moreno ¿había crecido en un mes? Las rodillas angostas, de piel restirada con la huella de un raspón no muy antiguo, estaban frente a él, que por primera vez se había sentado en la sala, formalmente unidas. Me comentó Nina que eres escritor, dijo inopinadamente. El sintió una ola de calor tenue en las orejas. Analuisa levantó un brazo para acomodarse el pelo: las axilas rasuradas pero sin talco de las mujeres morenas siempre le habían parecido muy atractivas. Ahora tenía la certeza de que sus orejas habían enrojecido,

y se molestó. No, escritor no soy, aunque sí, escribo... algunas cosas. Pero, ¿qué escribes? El sintió que Analuisa lo miraba poniendo más atención de la debida en sus orejas y con un tono de voz contenido y casi inaudible dijo: mentiras y cambió la conversación. Después continuaron hablando aproximadamente una hora. Analuisa contó de la tesis en la que estaba trabajando y enseguida de sus propios proyectos que no eran muchos y no parecían diferentes de los de cualquier muchacha de su generación; lo que, en todo caso, le pareció distinto aunque no novedoso, fueron los caminos que consideraba necesarios para alcanzar las metas; en fin, así se pensaba ahora, recapacitó él en silencio. Las rodillas no aflojaban: huesos luminosos de calcio baja la carne restirada y firme, la piel tenue y hasta empalidecida. La falda era semicircular de una tela como de lino gris claro; la blusa azul dejaba ver los hombros desnudos y un holán de seis centímetros descansaba sobre los brazos; olía a azúcar sin refinar ¿Olía? Luego hablaron de él: los lugares comunes de un aburrimiento que le parecían interesantes, y lanzó dos o tres máximas, sacrificio al altar de querer parecer ingenioso pero la muchacha ni se inmutó, así que optó por un lenguaje más llano y, en realidad, más acorde con su vida. Con un gesto frecuente Analuisa lanzaba el rostro hacia atrás con lo que el cuello parecía más largo aún y más delgado; se afirmaba también su barbilla decisiva de por sí: sonreía. El holán de la blusa llegaba hasta la mitad de sus senos no tan pequeños como podía esperarse de su delgadez. Más allá de la ventana abierta que deslumbraba con la mañana, estaba el paisaje

compacto por donde él había caminado tantos años; donde él podía imaginar ahora a la muchacha caminando sus días soleados porque aunque ya era septiembre no llovía. "La sequía más cruel de los últimos treinta años", alarmaba el diario sobre el restirador. En la recámara cerrada, la bata azul en su empaque borraba para siempre los dobleces originales, tomaba para siempre las arrugas definitivas de la farsa, de la grave sensación de ridículo. Analuisa, en otro gesto recurrente acercaba su rostro hacia él cuando quería subrayar la atención, las manos morenas en el límite de la falda y las rodillas. Tan cerca a veces el rostro que los dientes grandes parecían morder la punta de sus palabras. Él no supo en qué momento dio un trago a su propia saliva endulzada, pero sí supo cuando ésta, espesa, descendió por su pecho y su vientre hasta el pene con una sensación deliciosa: con sorpresa y vergüenza descubrió que tenía una media erección y, tomando su bolsa y su libro para ocultarla, casi se levantó de un salto. Analuisa se sobresaltó con la brusca interrupción y pareció desconcertada pero él no dejó que ese gesto se resolviera si ella retomaba la charla; consultó el reloj, inventó una prisa que no tenía y, casi cortante, procedió a despedirse. Luego se apresuró a salir, descendió las escaleras mirando la ciudad, la laguna, el río, las colinas lejanas ardiendo bajo la luz de las diez de la mañana y casi estuvo seguro de un olor de infancia en la garganta y una nostalgia dolorosa en el pecho ante una época caminada en sitios que ahora, descubrió, no podía fijar claramente en un paisaje tan conocido.

El último sábado no vio a la muchacha. Fue casual: tuvo que salir de la ciudad el viernes por la mañana para regresar el sábado ya tarde. No intentó localizar a Analuisa -de quien ahora tenía el número telefónico- y sí a Nina; a ella le dejó una copia de la llave con una breve explicación y completó dejando sobre la máquina de escribir una nota: "Analuisa, cambié la esfera, a ver qué tal. Nos vemos luego." El sábado llegó al puerto hasta las once de la noche con la ropa sucia de viajeros en autobuses perdidos y la carne y los huesos tan cansados como la ropa. Se desnudó en la misma sala, desnudo fue por dos cervezas al refrigerador y volvió eludiendo la ropa tirada en el piso; se dejó caer en el sillón y bebió la primera cerveza de un tirón: así que iban a publicarle un libro. Estaba sobrecoigido y, bebiendo la segunda cerveza, sintió que el coche, la máquina eléctrica e, incluso, la ridícula bata azul, habían sido una premonición de que ahora su vida cambiaría de veras con la publicación del libro y de que sería lanzado a ciegas a una vida para la que nunca se había preparado. Con desasosiego se levantó por una tercera cerveza y regresó con ella y una botella a medias de tequila; hasta entonces se volvió a mirar el escritorio: en una vieja botella de vino tinto rellena con agua se erguía el botón de un rosal, retador en lo alto de su tallo sin espinas. Estaba además la llave sobre la máquina y un sobre con su nombre escrito a mano.

Pasaron ocho años. En el ínterin publicó tres libros y ganó cuatro premios de índole más bien regional. Reconoció que sus temores de aquella noche luego del viaje respecto a los cambios que parecían anunciarse, habían sido exagerados. Para colmo, el coche sólo había sobrevivido tres meses cuando casi le cuesta la vida, no tanto por el choque con lo que las clases de Néstor mostraron su inutilidad, sino por el susto. Por cierto, la amistad de éste, si es que alguna vez había existido realmente, se había desvaído tanto como la de Nina. La bata azul en su empaque había pasado del clóset a un cesto de ropa que ya no usaba y de ahí a la basura, y la máquina eléctrica que persistió en su defecto acentuándolo cada vez más a pesar de la compra sucesiva de tres esferas, un año más tarde, luego de obtener su primer premio, en la noche de borrachera que culminó el cobro del cheque, fue lanzada desde el quinto piso hasta el centro de la calle provocando un estruendo de perros que se prolongó horas jalonando la madrugada.

Sólo una vez en esos ocho años, le pareció ver a Analuisa de lejos, pero no estuvo seguro de que fuera ella; por lo demás, ese día le sorprendió un poco recapacitar en el hecho, extraño, pensó, de que no hubiera vuelto a encontrarla y se preguntó por qué nunca había pedido informes sobre ella a Nina cuando en los primeros tiempos aún se frecuentaban, o por qué Nina nunca se los había dado. Luego fue que la encontró de veras, justo ocho años después de aquellos días. Ahora él sobrepasaba los cuarenta y si las cuentas no le fallaban ella tendría

veintitrés. La invitó a comer en un restaurante del centro de la ciudad dos días después y ella aceptó; en las horas siguientes se sintió un tanto inquieto y casi se arrepintió. Ella seguía siendo delgada y su cambio sólo parecía ser el impuesto por la moda que le sentaba muy bien, tanto en la ropa como en el corte de pelo y en la manera, bien definida, de maquillarse. Finalmente, ese día estuvieron casi tres horas en el restaurante; de ahí salieron a caminar unas cuadras hasta llegar a un café donde permanecieron dos horas más sin que la muchacha mostrara impaciencia o aburrimiento. En ningún momento, ni en el restaurante ni en el café, él consideró siquiera la posibilidad de mencionar la carta que Analuisa había dejado en su departamento ocho años atrás pero cuando, luego de un silencio largo, ella preguntó por el defecto en la patita derecha de la A y si por fin se había arreglado, él dijo que no, omitió el final de la máquina por pudor y, abrupto, con un repentino cambio de tono, preguntó si ahora estaría dispuesta a acostarse con él. La tez de Analuisa se oscureció ligeramente, bajó la vista apagando meticulosa el cigarrillo en el cenicero hasta que dejó de humear y entonces, mirando los restos de tabaco y cenizas, sin pena, respondió: Es una manera un poco bruta de decirlo. Él sonrió forzado al escuchar bruta en vez de brutal y comenzó a arrepentirse de haberlo preguntado, pero ya Analuisa volvía a mirarlo sonriente. Entonces lo hubiera hecho, por eso lo escribí... Las pecas en el puente de la nariz habían desaparecido o ya no eran visibles para él. Tenías dieciséis años. Afuera había anochecido, el tráfico parecía

intensificarse. Pues a lo mejor por eso. Él prefirió fingir que veía hacia afuera a través del vidrio polarizado el paso apresurado de la gente; respiró hondo, volvió a mirarla, ella se había quedado seria; él usó un tono tan natural que a las claras pareció actuado y la invitó a una función de teatro a la que, lo dijo, acababa de recordar haber sido invitado, y era cierto. Analuisa lo miró con un aire de incredulidad que acentuó su seriedad pero que borró de inmediato con suave sonrisa y fue evidente que iba a decir algo de lo que se arrepintió en seguida; en cambio, dijo que aceptaba ir al teatro, que pidiera la cuenta mientras ella telefoneaba y pasaba al tocador. La muchacha se levantó y al pasar por atrás de él se apoyó en el hombro y lo apretó suavemente con su mano delgada. El permaneció ahí mucho rato esperando, mirando hacia la calle sin ningún pensamiento claro. Mucho rato. Hasta que comprendió que Analuisa ya se había marchado.

Días de amor

Era lo más cercano a una frontera que el muchacho conocía entonces: la calle polvosa y corta que iba de las vías del tren a la orilla del río. Ahí se

ubicaban el billar, las cuatro cantinas, el merendero, un anuncio panorámico de Richardson con agujeros abiertos a pedradas y el hotelito de dos plantas, y a él, siempre, desde que se acordaba, aquella calle le pareció la última, la frontera de un país lejano que terminaba en un río ancho y caudaloso cuyo nombre pretendía ignorar. Y, caminándola, no escuchaba la música cascada de las sinfonolas ni los gritos de los borrachos, como fingía no ver a la mujer de estómago prominente y pintura facial encendida que cruzaba frente a él. Eran espías, traficantes, asesinos, sí, pero esa tarde cumplía una misión mucho más importante. Y aceleraba el paso desoyendo el llamado de los lancheros para dirigirse al chalán que era gratis. Durante el trayecto cruzando el río, el muchacho se acodaba en el barandal de gruesos maderos pintados de verde y contemplaba la ciudad que se quedaba atrás, igualita que Nueva York si no fuera por el intenso sol septembrino de las cuatro de la tarde. Hacía un movimiento de hombros para acomodar mejor una invisible gabardina y constataba junto a su axila izquierda, la exacta colocación del arma inexistente. Con discreción comprobaba que nadie lo observara y procedía a cambiar los rasgos de su rostro con gestos que denotaran ora dureza, ora nostalgia, ora el aspirar de una impalpable pipa negra. El motor del chalán cambiaba el ritmo de su ronroneo lo mismo que el sonido del agua desplazada, y la embarcación de movimientos torpes, giraba para entrar reculando en el atracadero. El muchacho ya estaba entonces en el borde oyendo tras de sí el golpeteo de las portezuelas, los motores

encendiéndose y, tan pronto bajaban la cadena, saltaba a la crujiente rampa metálica.

Cruzaba rápido entre los vehículos que esperaban abajo y salía pronto del polvoso límite de la carretera para enfilarse por una vereda entre el zacatal. Ahí se detenía para extraer del elástico del calcetín el paquete de cigarrillos Lucky Strike ligeramente humedecidos del celofán; encendía uno y continuaba su marcha. Dejaba el cigarrillo colgar de un extremo de los labios, se levantaba la parte trasera del cuello de la camisa, metía ambas manos en los bolsillos y cambiaba el paso apoyándose más en las puntas de los pies con un resorteo que lo hacía avanzar como a pequeños saltitos. Y si le venía en gana, en la extensa soledad del zacatal y sus arbustos bajos, reiniciaba la práctica que le encantaba: gesticular, cambiar los rasgos de su cara. Al muchacho le gustaba su rostro donde, a los catorce años, ya habían aparecido la poca barba que tendría y algunos barros que le atormentaban con súbitas erupciones. Mientras se rasuraba se veía en el espejo de frente, de perfil, de tres cuartos y, a veces, probaba a guiñar un ojo, pero nunca podía hacerlo con naturalidad, así que decidió que ese gesto era definitivamente estúpido. Y sin embargo, fue lo primero que recibió de Julieta, un guiño. Tan natural que por horas el muchacho estuvo pensando si no habría sido involuntario. Cuando a los tres días se repitió, ahora seguido por un parpadeo lento y la punta de una sonrisa, él comprendió que sí, que el primero había sido un guiño. Julieta tenía las cejas más separadas de los ojos que el común, lo que le daba a

estos con sus densas pestañas negras y lacias, una sensación de modorra; una como dulzura de siesta y al despertar, sedienta, una rebanada de sandía mordida con lentitud y una gota rojiza que escurre por la comisura. Pero recordaba también a Julieta recargándose en su hombro con el pretexto de un súbito mareo mientras, mirándolos, las amigas reían. Ruborizado, él no había atinado a decir nada; claro que de eso hacía mucho tiempo, eran los últimos días de la primavera y él tenía apenas trece años. Ese recuerdo a fin de cuentas no le gustaba.

La vereda ascendía lentamente. Mantuvo el paso encorvándose un poco hasta que el humo del cigarrillo se introdujo en la nariz y en los ojos; comenzó a toser pero esta tarde no se atacó a carcajadas como otras veces. Reanudó la marcha a paso normal y dio tres chupadas exageradamente profundas al Lucky antes de lanzarlo entre el zacatal como siempre hacía con la esperanza de que ardiera. El fuego se extendía presuroso, siseante por los yerbajos, alcanzando pronto el bosque. El bosque ardía crepitante; de las altas llamaradas, su raíz rojiza, el humo de puntas azulosas se levantaba denso. Sola, en lo elevado de la cabaña del guardabosques, Julieta, con un gesto de angustia y desesperación, desistía de utilizar la radio ya inservible y comenzaba a gritar aterrada. A lo lejos, acercándose entre los penachos ardientes, destellaba el metal del helicóptero que el muchacho manipulaba con temeridad. Julieta alcanzaba a mirarlo antes de caer inconsciente en la cabaña invadida por el humo. El muchacho tocó en su bolsillo el breve recado que Julieta le enviara. El

mensaje. Y enseguida se volvió a mirar hacia atrás por si alguien lo seguía; no fuera a venir Gilberto, el muy cabrón. Gilberto pretendía acompañarlo a todo sitio y había terminado fastidiando al muchacho. En esas tardes, en que como ahora cruzaba el río, debía salir del barrio por calles inusuales para evitar la aparición de Gilberto. Entonces se arrepentía de haber permitido que Gilberto lo masturbara en la casa solitaria de la tía; pero es que en ese tiempo aún no conocía a Julieta. Julieta con las cejas alejadas de los ojos y las pestañas tan largas que le daban ese aire somnoliento como terminar de comer una rebanada de sandía, sentada en los escalones de piedra rosa con las piernas separadas dejando escurrir por en medio la amplia falda de algodón y lanzar piedritas desganadas al perro que dormitaba asoleado a un lado de la palmera; ya deja ese pobre animal, gritaba desde dentro Teresa, desde atrás de las cortinas rojas e inmóviles.

El muchacho invitó a Julieta como madrina del equipo, sonrió divertida y le dijo que si era en el puerto su padre no se lo permitiría y que además ni le entiendo al beisbol, nadita. Pero a ellos les había tocado inaugurar acá, ah, pues me doy una escapada, y aceptó. El domingo, ante la mirada recriminatoria de don Mario y las burlas de sus compañeros, menos Gilberto, le endosaron al muchacho el ramo e iniciaron el desfile sin madrina. Iban cruzando por el home rumbo a tercera cuando la muchacha llegó corriendo a ocupar su sitio muerta de la risa y arrebató al muchacho el ramo de rosas y gladiolas. Pronto, él se arrepintió de la invitación: lo

poncharon dos veces, cometió tres errores y lo sacaron antes de iniciar la cuarta entrada por más que le suplicó a don Mario que lo dejara continuar, don Mario, otra entrada de perdido. El muchacho tenía los ojos llenos de lágrimas cuando se encaminó a la banca sin mirar para nada la pequeña tribuna a pesar que escuchó el chistido y la voz de Julieta, llamándolo.

Permaneció de pie, de espaldas a las gradas, mirando a sus compañeros entrar al terreno de juego animándose entre sí con gritos breves y entonces, como magnate dueño del equipo, los despidió a todos, inútiles. Compraría una planta completa de jugadores extranjeros con la sola inclusión de Beto Avila y, como propietario, mantendría el privilegio de jugar cuando se le diera la gana, cabrones. El equipo se levantaría con la Serie Mundial en cuatro juegos y él, acompañado de Julieta, bajaría al dogout a participar en el festivo baño con champaña. Mientras allá lejísimos, en aquel pinche puertito del Golfo de México que tanto se parecía a Nueva York sin embargo, los despedidos con don Mario, apretados alrededor de una radio escucharían la transmisión, pálidos de envidia, dolidos en lo más profundo, llorando algunos. La bolita de papel lo golpeó en un hombro y ahí estaba Julieta, de pie en la primera grada, llamándolo. El se acercó a la malla, la muchacha sonrió y qué bueno que te saliste porque francamente ya estaba yo aburriéndome y qué solazo, ni donde taparse.

Gilberto le preguntó varias veces de dónde la conocía y él contestó a regañadientes que de la escuela pero no explicó más, para qué. El muchacho salió por fin del zacatal a la calle de arriba a la altura de las casas que se encontraban ya deshabitadas y que no se diferenciaban mucho de las otras también necesitadas de una mano de pintura, un corte de pasto si todavía existía o la reposición de las tablas podridas en las cercas. El pavimento de la calle estaba reventado en muchas partes y ahí y en las juntas de las placas, crecían apretados mechones de yerbajos. De las palmeras que antaño se alineaban cada cinco metros por el borde derecho de la calle, sólo unas cuantas mantenían cohibidas los desordenados penachos zumbando en el viento; el brisote, decía el abuelo. Una vagoneta sin llantas ni vidrios yacía unos metros más allá; el muchacho levantó un pedruzco, hizo los movimientos reglamentarios del pitcher y lo lanzó: voló polvo de pintura y óxido. El público se levantó en una ovación por ese tercer strike que mandaba a las regaderas al mismísimo hijo de don Mario. Qué ponche.

Mientras caminaba ese domingo junto a Julieta por calles alejadas de la principal con las manos en los bolsillos tratando de explicar con claridad algunas jugadas claves del béisbol, un coche se detuvo un poco adelante y la voz de Teresa: Ya te vi Julieta, a ver si te vas para la casa o ya sabes. Sin esperar respuesta, con un salto, el coche avanzó unos metros y volvió a detenerse: y cuida ese ramo tan lindo para llevarte mañana a la iglesia a ofrecer flores; la pinche Teresa y su carcajada cristalina. Julieta reparó en

el ramo que tenía en sus brazos y lo lanzó hacia el automóvil que ya se alejaba. El muchacho contempló el regadero de rosas y gladiolas sobre el asfalto con un gesto de asombro y tristeza. La odio, dijo Julieta ¿Qué? dijo él mirando las flores. Que la odio; y ya no camines así que parece que vas dando brinquitos. Y sácate las manos de las bolsas; pero no vayas a fumar tus cigarros apestosos y sin filtro. Ahora se usan con filtro ¿no sabías?

Se detuvieron bajo la gran bugambilia que hacía casi un túnel de varios metros por la banqueta y ella se sentó sobre una de las gruesas raíces que presagiaban otra bugambilia bajo tierra. Julieta dejó su gesto de enojo cuando se lo dijo ¿Otra bugambilia? El probó entonces decirle que la quería pero no le gustó nada como sonó. Lo intentó otra vez con un tono muy grave; tampoco le gustó pero al menos hizo reír a Julieta. Le gustaba como reía: lanzaba la cabeza hacia atrás como si fuera a lanzar una gran carcajada, cosa que nunca hacía, y él miraba la blancura de los cuatro incisivos grandes de bordes redondeados. Gilberto le había dicho después: ¿por qué te gusta si es morena y tú dijiste que? Y él, fingiendo indiferencia: yo no dije que me gustara, es. Pero tú la conseguiste para madrina y te fuiste con ella antes de que terminara el partido; y a don Mario eso no le gustó nada porque aunque estés en la banca tu obligación es. Que chingue a su madre don Mario, había dicho el muchacho, y tú también, pensó. En verdad que ahora no entendía por qué había dejado que Gilberto lo masturbara en la casa solitaria de la tía. Ni se explicaba por qué a Gilberto le interesaba hacerlo. A lo mejor es puto. Pero no parecía;

era muy listo jugando beisbol, era seleccionado estatal y gracias a su intervención ante don Mario, él había podido ingresar al equipo porque pues, bueno bueno, no era, y don Mario lo sabía. Pinche viejo.

A veces como ahora, cuando caminaba por la calle solitaria, con esa indefinible sensación en el pecho al mirar las casas con los mosquiteros reventados, con las tejas desprendidas cayéndose al frente, incoloras casi a fuerza de sol; casas que parecían sostenerse en las enredaderas desbocadas o refugiarse bajo las frondas de los mangos y los aguacates, el muchacho recordaba de pronto el absurdo de la boca de Gilberto cuando se descuidó. Entre casa y casa, entre el ramaje, se veía allá abajo el río. Sintió la humedad tibia de la lengua y su aspereza; la respiración caliente en el pubis y dio un reparo empujando a Gilberto con violencia. ¿Por qué no? dijo éste con un gesto de angustia melancólica. Con la boca no, no seas cochino, dijo disgustado el muchacho subiendo el cierre de la bragueta. Es puto, seguro. Sentía una náusea leve en la boca del estómago y miró otra vez hacia el río. Le gustaba el río; sobre todo ahora que el sol en su descenso sobre el puerto, caía inclinado en el agua que despacio cambiaba de color. Recordó su block de dibujo y los crayones porque muchas veces había pensado traerlos para copiar el río y la silueta del puerto. No lo había hecho pero es que ya no deseaba ser pintor; tampoco escritor. Ahora actor de cine. Empezó a repetir en diferentes tonos de voz, te quiero y luego de un trecho cambió a te amo. Julieta, te amo. ¿Cómo ves, Julieta? Lo cierto es que te amo. Le gustó esto último y

lo repitió con voz profunda llenando de oxígeno los pulmones. Se lo había dicho pocas veces porque nunca le satisfacía como sonaba. En cambio, escrito, se veía muy bien. El leía mucho, de todo, hasta el Libro Semanal de Amor que sólo leían las mujeres de la casa. Y en el cine, ni hablar, siempre sonaba bien. El se esforzaba y sin embargo Julieta se reía. Le gustaba que Julieta riera. Porque sus ojos hasta chispeaban antes de retomar su gesto de cálida modorra, con sus cejas altas y gruesas, tan lejanas de sus largas pestañas. Ojos como lanzar con indolencia pedazos de verde cáscara de sandía al perro peludo, adormecido junto a la palmera en una hamaca de tierra negra cavada en busca de frescor. Y levantar la vista hacia el norte donde, sobre el mar, avanzaba rápido un denso acumulamiento de nubes oscuras; y el cambio inmediato en el rumbo, la intensidad y la textura del viento. Y entonces gritar divertida: Ya va a llover, Teresa, y ni creas que voy a meter tu ropa. El estampido cercano de un trueno; el perro levantándose inquieto; los árboles sacudiendo el follaje, las sábanas que se inflaban en el patio trasero.

El muchacho casi se había detenido porque nuevamente le amenazaba el sudor y además era muy temprano. Le gustaba ese silencio envuelto en el sonido de las yerbas, las copas de los árboles, el chillido agónico, acalorado de un pájaro. Ya se va a acabar el verano y volvió a tocar el papelito en su bolsillo. Se detuvo para mirar abajo, junto al río, lo que aún quedaba de la refinería y otra vez recordó al abuelo. Era muy prieto, el abuelo; sentado en su sillón en la vasta casa de piedra que apenas había

logrado construir. El muchacho la buscó al otro lado del río pero no la encontró; demasiado lejos y muchos árboles. Pinche selva. O a lo mejor ya no era tan grande. El abuelo no hablaba mucho pero una vez le contó que había trabajado ahí. Y le contó de la huelga, de todos los obreros bloqueando la puerta de entrada. Se imaginó el olor a sudor de todos los obreros juntos. Su abuelo sudaba mucho y siempre había un olor muy fuerte en el paliacate rojo. Cantamos la Internacional, le dijo el abuelo, y los soldados empezaron a disparar contra nosotros. Y caían. Gritaban y caían. Luego empezaron a correr. Horas corrió el abuelo, primero entre el monte, después cerca del río, pero sin acercarse demasiado para no ser visto. Llegó al canal de Chijol y se metió entre los manglares durante horas, con el agua y el lodo hasta la cintura. El muchacho se había recargado en un pilar a la entrada del antiguo club y cerró los ojos para imaginarse a los obreros cantando y la carga de los soldados pero la imagen no apareció. No siempre podía. A veces, en cambio, las imágenes fluían como en el cine. Abrió los ojos y buscó otra vez la casa donde, seguramente, el abuelo estaría ya sentado en el corredor, y volvió a fracasar en su intento de ubicarla al otro lado del río. Para entrar el club subió de dos en dos las gradas semiderruidas, rodeó la carcomida plancha metálica donde estuviera la maqueta de la refinería y se dirigió a la alberca. Contempló el rectángulo vacío, agrietado en el fondo donde crecía el zacate entre basura y los huecos donde manos nocturnas habían desprendido los mosaicos. Caminó alrededor de la piscina lanzando hacia adentro la basura que encontró a su paso; se detuvo junto al estrado de la

orquesta y comenzó a silbar una melodía. Pensó en los bailes a la luz de la luna que Julieta le contara y que a ella había contado su madre, hubieras visto. Él miró las parejas girando alrededor del rectángulo de un luminoso azul intenso; las faldas desplegándose lentas y silenciosas, y la silueta de la orquesta recortada contra la luna en ascenso. Acodado en la barra, vistiendo un traje de lino y en la mano una humeante pipa oscura, intensificó sus ojos en los de Julieta y Teresa que, con las cabezas muy juntas, hablaban sin dejar de mirarlo. El ingeniero que desde esa mesa se acercaba solícito eludiendo las parejas danzantes y le extendía su mano, por favor venga a tomar una copa con nosotros, me gustaría que conociera a mis hijas. Pero claro, ingeniero. Al otro extremo de la alberca la escalera del trampolín era una artrítica radiografía de óxido. El muchacho levantó la mitad de un ladrillo y tomó impulso; el ladrillo golpeó con violencia y volaron las costras y el polvo de la corrosión. La escalera sostenida sólo en uno de sus extremos comenzó a girar despacio y antes de completar la vuelta se desplomó, golpeó el suelo y cayó con un ruido seco al fondo de la piscina. Una parvada de tordos levantó el vuelo desde un árbol a la entrada del salón principal, casi destechado. Alguien gritó. Pero el muchacho ya estaba saltando ágil rumbo a la salida. Corrió un trecho largo y comenzó a sudar, disminuyó la velocidad y se volvió a mirar. Nadie. La calle estaba desierta. Se detuvo, de cara a la brisa, abrió la camisa y la aflojó; levantó los brazos, dobló los codos hacia abajo, las manos colgantes como un espantapájaros y estuvo así, inmóvil, hasta que la brisa secó el sudor. Se olió las axilas y satisfecho, cerró la camisa y la

fajó bien. A continuación extrajo el mensaje y miró, sin leer, la letra alargada, casi una línea, de Julieta: Ven mañana, creo que ahora sí. Y una J muy grande y delgada como una garza solitaria a la orilla del río. Antes había muchas, le dijo una vez el abuelo. Ahora pocas, muy pocas. El ciclón las espantaría, había dicho el abuelo. Pero no, hubieran vuelto y no volvieron. Ya no volverán; tuvo esa certeza mirando los ojos lejanos en la tez oscura del abuelo. El sol se debilitaba; sobresalía aún más de la mitad tras el puerto pero sus bordes ya eran visibles; una mancha amarilla y rojiza oscurecía los edificios. El muchacho se detuvo a doscientos cincuenta metros de la casa de Julieta: que no estuviera el ingeniero parado en la banqueta, pinche viejo. Y no estaba.

Hacia atrás, desde el fondo, la calle se oscurecía con desesperante lentitud; la brisa dejó de soplar y el ausente rumor del follaje se llenó con el chirriar de los grillos. Se aplanó, pensó el muchacho. Más despacio que la oscuridad enfiló hacia la casa de Julieta, visible ya: de madera como todas, de color crema y vistas rojas; por un costado y hasta una parte del techo, se prodigaba la fronda de una copa de oro sin flores por la inminente cercanía del otoño. Las canaletas que recogían el agua de lluvia, subrayaban oscuras los bordes del techo de tejas. La pequeña ventila de la buhardilla estaba abierta. Puros cachivaches, había dicho Julieta. De niña subía a veces pero hace años que no. Escuchó al muchacho y luego sonrió: ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué iba a vivir contigo en una buhardilla? ¿Nunca has visto una? Rió más fuerte pero como siempre sin llegar a carcajearse; de la risa se le humedecieron los ojos, las

pestañas largas temblaron. Como con un relámpago cercano a media tarde y un dulzor de sandía en la saliva tibia; y de repente el perro que espantado se levanta y ladra, indeciso entre las gruesas gotas que estampan el suelo. Julieta que riendo eleva, a las nubes tan bajas y oscuras, su rostro moreno, su nariz recta y delgada como una veleta recortada en bronce. Abrió la boca. Dolían los goterones en las partes más sensibles de la piel. Abrió los brazos y el repentino viento cesó; la lluvia se vino abajo como si el recipiente que la contenía se hubiera volcado. El agua golpeó ruidosa los ramajes de los árboles, el techo y, en segundos, arrastrando hojas secas, bajó gorgoteante por las canaletas. El agua a chorros, que arrastrando flores maduras, baja por entre los senos de Julieta, por su vientre y sus muslos; enfriando la carne de su espalda y de sus nalgas. El vestido que adherido al cuerpo le impide girar con los brazos extendidos, el pelo negrísimo escurriendo atrás. Su risa en la fiesta de la lluvia. ¡Toda tu ropa se mojó, hermanita, toda! Y la lluvia en la fiesta de su risa.

El muchacho se detuvo unos metros más allá de la casa de Julieta. Sobre el puerto, una débil línea sepia; las primeras luces indecisas en los edificios. La muchacha vestía unas bermudas color caqui demasiado flojas que a él no le gustaron, una camiseta de algodón y unos tenis gringos, como siempre. ¿Por qué no has ido a la escuela? se precipitó el muchacho tomándola por los brazos. Tronó la bomba del chicle y la lengua hábil lo recogió rápido de los labios que húmedos eran todavía más rojos. Es que

ahora sí nos vamos, dijo la muchacha mirando hacia ninguna parte; mamá, Teresa y yo estuvimos empacando, un trabajal. La piel en los brazos era fresca y toda, en la penumbra, parecía tener su propio brillo; dentro de un instante aparecería la luna. Papá se queda hasta el domingo a esperar la mudanza. El pelo de Julieta olía a jabón. Algo se había detenido en la garganta del muchacho; qué voy hacer yo sin ti. Los senos se recargaban suave en el fino algodón de la camiseta. A su espalda ya estaría saliendo la luna; el rostro de Julieta se aclaraba plácido. Pero qué voy hacer yo sin ti. Apretó fuerte la tersa carne de los brazos. Pues claro que voy a irme, sonrió, qué te pasa. Oprimió más fuerte los brazos, más fuerte. Y suéltame, idiota, qué te estás creyendo. A veces le pasaba: una separación indolora de la cabeza. Subía la cabeza, se elevaba volviéndose cada vez más pequeña y fría entre los puntos brillantes de las estrellas. Pero no sentía miedo ni hambre en aquel vacío enorme entre la cabeza y el estómago. Ni sed. Durante años, al dormir, puso a lado de la cama un vaso con agua, temeroso de morir de sed mientras dormía; eso no se lo había contado nunca a nadie, ni a Julieta ni a Gilberto. A su espalda la inmensa luna definía detalles en el bello rostro de la muchacha: las pecas sobre el puente de la nariz, la única marca de viruela, infantil y sensual, al extremo de una de sus cejas; la piel ocre como el barro en aquella parte del cerro donde por años buscara el túnel secreto que, atravesando el puerto, iba a dar al barranco de los alemanes, pobre niño iluso en busca del tesoro. Los ojos de Julieta dejaron la modorra destellando incrédulos, rabiosos. Y entonces el muchacho se dio cuenta de que estaba hablando.

A veces le pasaba: las palabras se acumulaban en la garganta con una rapidez inusual; y de repente comenzaban a saltar hacia afuera, una a una primero, luego a borbotones. Pero ¿cómo te atreves? Julieta sorprendida. Pero ¿qué te crees? Pero él ya no podía dejar de hablar. Chamaco pendejo, muerto de hambre y pendejo; escuincle de mierda inventando siempre pendejadas. Y con violento tirón libró su brazo y levantó la mano. Pero el muchacho fue más rápido contra la mejilla. Julieta cayó sentada, y él la vio en el suelo, sentada, pierniabierta, silenciosa; mirándolo con los ojos que se derramaban como se extendía en su rostro un espanto de niña. Yo que voy hacer sin ti, pero él ya no podía hablar, su garganta estaba vacía; la lengua era un gusano frío y blando en un mar de saliva. Se sintió cansadísimo, con ganas de sentarse junto a ella en el suelo, y no miró venir al ingeniero. El puño se hundió violento en su estómago; sin dolor abrió la boca desmesurada y, mientras se doblaba lentamente, miró acercarse el otro puño. Vertiginosa, la luna se convirtió en un punto brillante y luego en nada.

A esa hora era mucha la gente y los coches que, en el chalán, volvían del puerto y pocos los que iban a él. En la penumbra, junto a un hato de gruesos postes que hacía las veces de un pilote enorme, el muchacho esperó a que descendieran y enseguida saltó con rapidez a la plancha de acero y de ahí al chalán. Lo cruzó hasta el extremo opuesto apoyado en el rugoso barandal muchas veces pintado de verde, sin volverse a mirar los coches que iluminaban su espalda estrecha, ligeramente encorvada. La

sangre continuaba escurriendo de la nariz y de la boca cuyos labios comenzaban a engrosar; la mancha oscura en la camisa y en la parte superior de los pantalones crecía y perdía tibieza. En cambio, un ligero calor comenzaba a expandirse en su carne adormecida. Cabrón. Cabrón ingenierito, hijo de la chingada. El ingeniero, de pie frente al enorme escritorio, empalidecía tartamudeante, temeroso. Señor, yo. No quiero volver a verlo en mi vida; se me larga a buscar petróleo al polo norte... y se lleva para siempre a sus pinches hijitas. El ingeniero sollozaba suplicante. Ah, y carga también con don Mario y el puto de Gilberto. Pero con el estruendo de su voz las paredes de la lujosa oficina temblaban evidenciando su falsedad. ¡Se largan todos, me oye, todos! Y las paredes se separaban por las esquinas y caían lentas hacia afuera con un sonido ligero. Y el ingeniero al descubrirlo comenzaba a reír a carcajadas. No, no siempre se podía; y ahora, ya no iba a poderse jamás, lo supo. Oleadas de calor y frío llevando en sus crestas un dolor intenso que lo hacía estremecer, fluían hacia todo el cuerpo a partir del sitio de los golpes. La inflamación del rostro se aceleró cerrándole los ojos desde abajo. Pero todavía pudo mirar el puerto al otro lado, bosquejado con luces y un halo tenue encima. Nunca se había parecido a Nueva York. Nunca, mierda, nunca. El motor del chalán aceleró para desprenderse del atracadero, el agua impulsada con violencia removió el fango y un olor a podrido se esparció despacio en el aire inmóvil. Dios mío, que nunca vaya a sentir nostalgia de estos días, pensó el muchacho, antes de caer desvanecido sobre el piso metálico del chalán.

(...Y OTROS OLVIDOS)**ODA**

*...Y no ha quedado nada de aquellos días, nada,
más que las latas vacías y colillas apagadas,
risas en fotos marchitas, boletos rotos,
y el aserrín con que al amanecer barrieron los bares.*

Ernesto Cardenal

La larga pequeñez largo tiempo ha durado.

(...)

*Hemos conservado nuestro sitio aun si nosotros conservarnos
el tiempo y la geografía se encargaron de saquear nuestra herencia.*

Peter Porter

Una dama de alta cuna condensa
sus memorias para el Reader's Digest

A esta chica sería yo capaz de escribirle una oda...

Peter Cheyney

La carta incompleta

Que lo primero que conoció de Alhucema fue su firma trazada con bolígrafo sobre la primera página de una revista Casa de las Américas que estaba sobre la mesa larga de la biblioteca del Instituto; que le llamó la atención porque más que una firma parecía el logotipo de un perfume caro. Lo contó cuando regresó de Checoeslovaquia, ocho años después. Encontró el puerto bastante cambiado aunque nunca irreconocible y lo primero que preguntó al chofer del taxi que lo condujera a casa de su abuela, fue si era cierto que los tranvías habían desaparecido; en ese momento, después de tantos años, volvió a escuchar el nombre de Rodomiro 'La Mira' Mirándola.

En la primera borrachera al mes de su regreso en el departamento de Jacinto Holgado, leyó, sin que nadie se lo pidiera, una de las primeras versiones del largo poema que había escrito a Alhucema: La Oda¹. Esa noche ninguno de los cinco que ahí se encontraban se atrevió a decir que el poema no era muy bueno; dos porque no lo conocían, otro porque no sabía nada de poemas y todos porque, mientras lo leía, lo miraron llorar discretamente. Sin embargo, Holgado, por cortesía y para no dejar la

¹ Efrén Estrella: LA ODA Y OTROS ODIOS. Premio Nacional de Poesía Salvador Díaz Mirón, 1988. Publicado más tarde por Ed. La Alforja. Tepic, 1990 (Efrén Estrella es un seudónimo que el muchacho utilizó para sus dos primeras publicaciones).

lectura sin comentario, se aventuró a preguntar por Alhucema lo que provocó desconcierto –ninguno de los presentes recordaba a la muchacha-, y Jacinto se sintió forzado a soltar vagas referencias que había oído en otro tiempo. El muchacho, entonces, tomó la palabra e hizo toda una crónica de ese tercer año de los setenta, larguísima, que no desanimó la partida de dos de los invitados francamente aburridos y a la que sólo puso pausas el cigarrillo de marihuana que se fumo en dos etapas. Por último, se quedó dormido en el amplio sillón reclinable, para angustia e incomodidad de Jacinto.

Claro que más de la mitad de lo que esa noche contó eran lamentables mentiras. O verdades deformadas por una nostalgia impúdica, o simples ganas de joder el presente metiendo zancadilla con la enumeración de hechos improbables. Ya la sola afirmación de que la firma de Alhucema era como el logotipo etc., es para empezar a dudar del resto. Por principio habría que puntualizar que el personaje de La Oda poco tiene que ver con la Alhucema real. Ésta sólo era una joven secretaria del diario El Planeta y ni siquiera se parecía a Luisa Lane... aunque Jorge Eleuterio Eloy, ‘Ele’ para sus amigos, rivales y camaradas, quien no trabajaba ahí, *sí* se parecía a Supermán, tanto en el rostro como en la complexión atlética. Lo que es peor, se creía Superman, y ello tuvo que pagarlo con cuatro años de cárcel.

Pero eso fue después y antes habría que poner en la incipiente narración un poco de orden, apuntando que primero que el movimiento sindical en El Planeta, fue la huelga en El Ave, una cadena de farmacias propiedad de

connotada familia porteña: los Méndez-Ébola y Terracota. Esta huelga dirigida por Ele, se ganó, se negoció o como quiera que se diga, con el apoyo secreto –y no tanto- del Guía Moral del Sindicato Petrolero: Rodomiro ‘La Mira’ Mirándola. Por años, Ele y sus dos amigos de confianza –Los Inseparables- han jurado, en público y en privado, que ellos “aprovecharon, sí, un apoyo coyuntural surgido de una contradicción de la burguesía, pero sin aceptar jamás ni dinero en lo personal ni directrices de *ese señor*”. Mientras otros protagonistas han jurado por su parte que “desde su ingreso y posterior y relampagueante posicionamiento como líder local del Partido Comunista, Ele fue un infiltrado al servicio directo de La Mira”.²

Del mencionado primer evento, la huelga en El Ave, el muchacho se enteró cuando faltaba un mes para su conclusión y de manera casual. Él, entonces, tenía diecisiete años, vivía con su abuela y un tío, había cursado el primer año de preparatoria y no se había inscrito para el segundo por falta de dinero; en verdad siempre andaba sin un peso en la bolsa, salvo cuando su tío se emborrachaba y lanzaba sobre la mesa, frente al muchacho, un billete de cincuenta pesos, pero esto no era frecuente porque el tío, cada ocasión, juraba que era su última borrachera y por dos o tres meses se volvía abstemio. Esta vez rompió su promesa de abstinencia de año nuevo a fines de febrero, soltó los cincuenta pesos y puso en marcha el azar, ya que con ellos el muchacho se largó esa tarde

² Ricardo Revés: RENACIMIENTO ESPLENDOR Y OCASO DEL PARTIDO COMUNISTA PORTEÑO EN LA DECADA DE LOS SETENTA. Artículo publicado en la Revista La Hoz, pp. 22 a 28. México, D. F., agosto de 1980.

al cine Porteño. Vio la primera película y veinte minutos de la siguiente que comenzaba a aburrirle cuando fue a orinar; al salir del baño miró a través de los cristales la plaza de enfrente, donde un grupo de personas, con mantas y pancartas, se preparaban a marchar. Decidió abandonar el cine. Los trabajadores de El Ave y simpatizantes, comenzaban a bajar por la calle Altamira; hacía frío y el cielo era de un gris intenso, el muchacho se abotonó la vieja chamarra de mezclilla, metió ambas manos en los bolsillos de la misma y más por curiosidad que por cualquier otra cosa, echó a caminar con los manifestantes pero por la banqueta. Dos cuerdas y media adelante, el muchacho se había colocado a la altura de cinco jóvenes más o menos de su edad que gritaban fuerte las consignas, bromeaban y reían entre ellos; cuando faltaba poco para llegar a la Plaza de Armas, el muchacho se animó a bajar al arroyo e intentar una charla con ellos. Tres de esos jóvenes eran: Dionisio 'Dion' Dávila, poeta y músico, Ricardo Revés, guapo y Chano Cházaro, pre-ideólogo. De entrada estos lo miraron con cierta desconfianza, pero tal vez por su aspecto desarrapado o por la juventud común, al llegar al final de la marcha la desconfianza pareció ceder. En la plaza los faroles se habían encendido aunque todavía no era noche total; la luz amarillenta tenía un halo neblinoso y el Palacio Municipal parecía más gris que nunca.

El mitin arrancó rápidamente mientras Dion, Revés y Cházaro, invitaban al muchacho a *bótear* alrededor de la plaza. Dion y el muchacho fueron juntos sin dejar de charlar y más bien dedicados a pasear los botes que a pedir cooperación, hasta que desde el mitin en el lado opuesto, les

llegaron aplausos efusivos y gritos. “Ya va a hablar Ele”, dijo Dïon, y se dirigieron hacia allá con prisa. Nomás llegar y mientras Ele trataba, sin mucha convicción, de acallar las porras que le dirigían para empezar a hablar, Ricardo Revés le entregó al muchacho una pancarta y se llevó a Dïon.

Había caído la noche y el frío calaba más; el muchacho se arrepintió de no haberse puesto el chaleco de lana bajo la chamarra como le dijera su abuela —“Te va a dar un dolor, hijo”—; el verbo incendiario de Ele luchaba contra el pobre equipo de sonido y lo vencía para sorpresa de los desnudos almendros. El muchacho, que jamás se había interesado en la política o en los movimientos de los trabajadores, se esforzaba por entender. De repente se perdía, no sabía de qué hablaba ahora Ele con el puño levantado, su figura imponente entre dos palmeras, las piernas abiertas y los grandes zapatos bien plantados en el suelo, como si estuviera a punto de salir volando; entonces miraba los rostros que lo rodeaban: señoras maduras evidentemente humildes, grupos de hombres de edad mediana que no parecían interesados en el discurso, algunos rostros atentos. Luego, muchachos que solos o en parejas, se deslizaban entre la gente, se detenían y comenzaban a corear consignas a grito pelado, los rostros enrojecidos³

³ “Desde las primeras manifestaciones y mítines durante el movimiento (en El Ave), los contingentes estuvieron formados por colonos de la invasión llamada El Giro, misma que fue proyectada y alentada por Rodomiro ‘La Mira’ Mirándola y dirigida en el terreno por Jorge Eleuterio Eloy; trabajadores petroleros transitorios que debían apuntarse en listas para comprobar después su asistencia; miembros del Partido Comunista porteño y simpatizantes de izquierda sin partido y, por último, por empleados de la empresa en huelga...” Ricardo Revés: RENACIMIENTO, ESPLENDOR Y OCASO...

La conclusión del discurso de Ele, sorprendió al muchacho que hacía rato se había distraído. El entusiasmo que despidió a Jorge Eleuterio Eloy fue más breve que el que lo recibió, evidentemente por el frío y la amenaza de llovizna que empujaban ahora la prisa por retirarse. De repente, el muchacho se vio solo, sosteniendo la pancarta con dedos dolorosamente entumidos mientras la gente despoblaba la plaza con rapidez; buscó con la mirada a sus tres compañeros, pero no los encontró. Decepcionado sin saber por qué, decidió leer el contenido de la pancarta antes de abandonarla en una banca y marcharse, cuando Cházaro y Dïon aparecieron por el rumbo del kiosco llamándolo con las manos para invitarlo enseguida a tomar un café en El Pekín.

El muchacho conocía el céntrico café de chinos, ya en esos años prácticamente el último café de este género en el centro de la ciudad, pero jamás había entrado en él. Esa noche lo hizo a las ocho con diecisiete minutos y compartió una mesa de cuatro sillas adosada a la pared oriente, con Cházaro y Dïon, y cuarenta minutos más tarde, también con Ricardo Revés; los tres dispuestos a conocerlo, sí, pero más a mostrarle sus conocimientos políticos arrebatándose la palabra unos a otros. Del café Pekín, los cuatro salieron a las doce con veinte minutos, rumbo al Instituto, caminando por Carranza, sin dejar de hablar, con las cabezas metidas entre los hombros y lanzando vaporcillo por la boca. El Instituto iluminado como si hubiera fiesta, los recibió con calidez: ya estaban ahí varios jóvenes y un tipo muy flaco, Sergio Sermón, tocando la guitarra y cantando canciones que el muchacho jamás había escuchado en la radio; a su lado,

un joven pecoso y sonriente, Rogelio Rastra, intentaba hacer segunda voz en casi cada canción con resultados funestos, hasta que el resto protestaba. A las doce cincuenta hizo su entrada triunfal el mismísimo Jorge Eleuterio Eloy, seguido por Los Inseparables⁴. La música y la charla cesaron con su llegada, cosa que aprovechó Ricardo Revés para, siguiéndolo a la biblioteca, presentar al muchacho con el líder del momento.

A las tres de la mañana, en la biblioteca del Instituto, ante la presencia de Dñon, Cházaro, Revés y el testimonio histórico de Ele, el muchacho firmó su solicitud de ingreso al Partido Comunista porteño, misma que fue llenada por el mismo Revés y, de igual forma, su ingreso como miembro del Instituto, mientras en la otra habitación Sermón continuaba cantando sus, para el muchacho, extrañas canciones, ahora una de mineros muertos quién sabe dónde y quién sabe cuándo y quién sabe por qué⁵. Pasaban de las cuatro cuando el muchacho decidió salir del Instituto a pesar de que le dijeron que podía quedarse a seguir charlando –sólo dos personas se habían retirado y Sermón agotado por el canto se había

⁴ “El papel de los dos amigos de Ele llamados Los Inseparables –Gaspar Gassman y Bernardo Bayo-, es hasta el día de hoy un misterio. Nadie puede afirmar si fueron solo comparsas de Jorge Eleuterio o tuvieron influencia en las decisiones que éste tomó. Ambos, más jóvenes que Ele, también abogados, en las reuniones mantuvieron eso que hoy se llama un perfil bajo y sus opiniones finales, si las tuvieron, nada más aquel las conoció. Eso sí, su presencia fue constante en toda reunión, fuera sindical o del Partido, tertulia o mesa de café, aunque jamás fueron miembros del Partido ni tuvieron cargo alguno en ningún comité”. Dionisio Dñon: DECISIONES, DUDAS, DERROTAS: DECIRES DE UNA DÉCADA. Artículo publicado en la Revista La Trucha Ahogada, pp. 16 a 20. Veracruz, noviembre de 1994.

⁵ “Casi desde su creación el Instituto Cubano de Intercambio Cultural (ICIC) fue controlado por los comunistas porteños con el sencillo expediente de afiliar ahí a sus miembros jóvenes hasta obtener mayoría. Enfrentado a este hecho, el Cónsul Cubano en el puerto, de quien dependía el instituto, fue aceptando a regañadientes la situación, contraria en mucho a la idea que había generado su fundación, a saber: que el Instituto fuera regido y tuviera una membresía integrada por ciudadanos que simpatizaran con la Revolución Cubana y difundieran sus logros y su cultura, y no por militantes partidistas que terminaran convirtiéndola en sede alterna de sus actividades políticas, como finalmente pasó...” Ibid.

quedado dormido-, o si le antojaba, a descansar un rato en cualquier rincón mientras amanecía. “Me arrepentí de haber salido en cuanto llegué a la esquina pues la temperatura había descendido mucho –el invierno más crudo de los últimos veinticinco años, dijeron los periódicos, no sé si te acuerdas-, además, caía una llovizna tupida. Temblando, encorvado, caminé hasta la calle del tranvía; no podía pensar. En parte porque sentía la boca gruesa, la lengua pelada y me ardía la garganta de tanto fumar; en parte porque las dieciséis tazas de café que había ingerido se habían espesado y pasaban por los nervios como densas olas eléctricas. Sentía mi cabeza confusa, caliente, palpitante cual si tuviera en ella un corazón rival más desaforado que fuera a hacerla estallar y a provocar que los sesos saltaran vaporizando para caer en la banqueta lodosa. No sabía qué hacer ni a dónde ir... ¿dónde estaba mi casa que no era mi casa y a la que no tenía derecho? ¿y qué estupidez era esa? De repente sentía que me faltaba el oxígeno pero no me atrevía a respirar con profundidad por lo gélido del aire. Permanecí bajo la marquesina no recuerdo cuánto tiempo, mirando los brillos dorados del agua que alrededor de las lámparas amarillentas se inclinaban danzando con el viento suave; mi cuello se había petrificado y continuaba esperando a que el tranvía apareciera, iluminado como una promesa tibia, en la curva de los Alojamientos Central y, cuando al fin apareció traqueteante, lancé un largo suspiro que me dolió tanto como si tuviera rotas las costillas. Trepé, busqué un rincón y me acurruqué apoyando la cabeza en el cristal perlado y frío. No descendí en mi barrio, fui hasta la playa y volví hasta el centro, dos veces, ante la

mirada hostil del cobrador. Sólo bajé cuando, por tercera vez en la playa, vi que amanecía... ¿Por qué en la playa? Lo ignoro, pero estuve ahí caminando con pasos entumidos, perdido en la neblina que no permitía ver más allá de dos metros, hasta que alrededor de las nueve de la mañana el sol la diluyó. Lo que sí puedo asegurar todavía hoy, es que en ningún momento de todas esas horas, en aquel frío de su chingada madre, se me ocurrió pensar que esa noche, estuviera cambiando mi vida”.⁶

Si bien es cierto, como ya se dijo, que en el momento del ingreso del muchacho al Partido, el movimiento de El Ave se encamina a su conclusión, ese tiempo es suficiente para que reparta volantes, pinte algunas bardas con leyendas vagas, lo revuelque un perro, huya de la policía por la orilla del Canal de la Cortadura manchando su único pantalón decente con pintura roja, y participe en tres pegás escuálidas que ni siquiera alcanzan a cubrir el centro del puerto. Dñon, Revés y Cházaro, que cursan el último año de preparatoria en escuelas distintas, al atardecer llegan uno tras otro al Instituto donde el muchacho pasa casi todo el día; y a pesar de que ya es conocido por quienes ahí holgazanean e insisten en enseñarle ajedrez o quienes entran y salen presurosos –a veces es el propio Ele quien aparece por ahí brevemente; al pasar palmea con su mano enorme la espalda estrecha del muchacho y éste se siente agradecido y feliz de que su presencia sea reconocida-, a pesar de esto, cuando se acercan las seis de la tarde, el muchacho espera ansioso la

⁶ Carta del muchacho a Dionisio Dñon durante su primer año en Checoslovaquia y reproducida por éste en BUZÓN INÚTIL. Ed. La Feria Corta. Toluca, 1989.

llegada del trío. Cházaro y Revés le hablan de política, lo educan, insisten en que cuando menos lea a Afanasiev y a Pulitzer; Dñon también, pero menos. Y cuando no están los otros dos, Dñon prefiere hablar de poesía, le muestra libros que trae cargando o que busca en la biblioteca del Instituto: “Tienes que leer éste”, le dice; o si están solos se pone a leerle versos. El muchacho de poesía sabe poco o nada; ha leído a Acuña, a Nervo, en la secundaria, le gustaban esos versos porque parecían música y no le gustaban porque además parecían canciones viejas... se lo dijo a Dñon y éste se tiró una carcajada.

Un día de marzo, Dñon no asiste a clase y pasa por el muchacho al Instituto a la una de la tarde para invitarlo a un café, pero no al Pekín donde a toda hora se encuentran camaradas. Ya en otro café, Dñon lanza sobre la mesa tres libros: Huidobro, Neruda y Vallejo. Durante horas leen en silencio, se leen en voz alta, discuten. Casi a las siete, Dñon recuerda por qué ha faltado a clase; el muchacho también lo ha olvidado: “En la madre”, dicen ambos. Y es que toda la semana corrieron rumores de que este día a las cinco de la tarde la fuerza policiaca desalojaría las bodegas de El Ave, en manos de los huelguistas desde apenas una semana. Ahí era la cita, pero ya es muy tarde.

El muchacho llevará a Checoslovaquia entre las páginas de un libro, la fotografía recortada de El Planeta donde se ven cinco muchachos arrestados en el momento de ser subidos a un vehículo policial. Un dato curioso: mientras los tres trabajadores de El Ave tienen un gesto de susto o cuando menos de azoro, los dos militantes del Partido –uno de ellos

Rastra- sonríen y levantan la mano con la V de la victoria. En realidad, el suceso es incruento⁷, no hay lesionados serios en ningún bando; y aquí habría que señalar la falta de práctica de la policía en estos menesteres represivos luego de casi veinte años sin mayores movimientos políticos en el puerto.

Dion y el muchacho serán reprendidos por su ausencia durante el desalojo pero, además, serán embromados por el resto que los acusarán de no haber asistido por miedo a la represión policíaca. Gracias a su presencia diaria en el Instituto, el muchacho logra más rápido perdón; aunque luego todo pasa a la anécdota cuando, inopinadamente, cinco días más tarde, el movimiento en El Ave concluye y las banderas en las farmacias son retiradas. Por lo demás, la falta al acto y la reprimenda padecida, ha estrechado más la amistad del muchacho y Dion; éste lo invita a comer a su casa, le canta sus canciones, lee su poemas; el muchacho se revela como un público excelente para el expansivo ego de Dion, pues a veces, escuchando, deja escurrir una lágrima realmente conmovido.

Con la huelga terminada, las mañanas se vuelven pantanosas, las tardes interminables y las noches sin quehacer decisivo. Tan es así, que el muchacho termina aceptando clases de ajedrez, pero además lee. Lee la poesía que Dion le recomienda olvidándose de los manuales de Afanasiev y Pulitzer donde nunca ha podido avanzar más allá de la página veinte.

Casi termina marzo, los almendros de la plaza retoñan ¿qué canción está

⁷ Ver diario EL PLANETA, edición del 27 de febrero de 1973, Sección segunda, pp. 2: “La policía desaloja a revoltosos”

de moda? Ya ni siquiera escucha la radio; su abuela lo recrimina: “Ay, hijo, dónde te metes todo el santo día? Deberías hacer algo de provecho... Estuvo aquí tu tía y ni un rato siquiera platicaste con ella” El muchacho se encoge de hombros: durante la adolescencia un tiempo fantaseó con la idea de que su tía era en realidad su madre, mucho tiempo, pero nunca se atrevió a decirlo a la abuela, por más que tal pensamiento le arrancó lágrimas algunas noches. En cambio su tío nunca dice nada sólo, muy de vez en cuando, le pone una mano en el hombro. Una noche a finales de mes, Cházaro, Dñon y Revés, en voz muy baja a pesar de que el café Pekín está casi vacío, con solemnidad informan al muchacho de la inminencia de otro movimiento. Le están confiando, subrayan, una información que muy pocos en el Partido conocen y, por supuesto, no debe divulgarla. Hay un grupo de trabajadores en el diario El Planeta que pretenden formar un sindicato y ya han contactado a Ele con quien sostuvieron reuniones secretas. El muchacho recibe la noticia con el gesto adecuado, finalmente, si algo ha aprendido en estas semanas de su nueva actividad, es que siempre hay que reaccionar de acuerdo al tono de la voz que usan los camaradas porque concita simpatía y confianza. No es que actúe de esta manera por hipocresía o conveniencia, lo hace porque todavía hay muchas cosas que no comprende a cabalidad. Esa noche, por ejemplo, de vuelta a casa en el tranvía, no encuentra qué importancia pueda tener para el Partido el que se forme un sindicato en El Planeta ni por qué el asunto deba ser tan secreto.

Ya de por sí con el asunto de la huelga en El Ave nunca alcanzó a comprender, ni discutiéndolo con Dion, si había sido un triunfo o una derrota para el Partido o los trabajadores; de estos, por cierto, ninguno ha vuelto a pararse por alguna de las dos oficinas del Partido ni por el Instituto. Por lo pronto, una cosa que el muchacho ya descubrió al menos, es que hay en el Partido un pequeño grupo –dos de sus integrantes colocados en el Comité Municipal que preside y controla Ele- que no quiere a éste y Los Inseparables pero que, además, no están de acuerdo con sus ideas ni con sus tácticas y suelen soltar rumores. Son ellos los que afirman que La Mira apoyó la huelga con dinero en efectivo, gente y despensas; que Ele y Los Inseparables reciben de aquel un salario generoso; que todo fue un proyecto de La Mira para imponerse sobre la clase política del puerto y extender su poder. También han dicho que en la conclusión de la huelga nada tuvieron que ver Ele, los huelguistas o el Partido; sino que fue Madronio, el menor de los Méndez-Ébola, quien en contra de la voluntad de su madre, doña Tarcisia Terracota y Páramo de Méndez-Ébola y sus dos hermanos, decidió entrevistarse con ‘La Mira’ Mirándola para llegar a un arreglo... –“Cómo es posible, Madronio, trinó furiosa doña Tarcisia, que tú, un Méndez-Ébola y Terracota, estés pensando en negociar con ese infeliz muerto de hambre...”-. Que, como sea, la entrevista se realizó y quién sabe a qué acuerdo llegarían pero que, a media noche, un nuevo personaje, el Lic. Satín Sifuentes Salud (a) El Brillos, se presentó en la casa de Ele por órdenes de La Mira con las instrucciones de que al día siguiente a más tardar a las once de la

mañana, sin excusa, se descolgaran de las farmacias las banderas rojinegras, “ya se firmaría después lo que hubiera que firmar”. Y de nada le valió a Ele, demudado de rabia, tratar de sacarle mayor información al pedante de El Brillos; ni todos los intentos que hizo en las horas posteriores para comunicarse con La Mira directamente.

En cuanto a rumores, Rastra siempre es el mejor informado, pero todo esto, claro, también lo han escuchado Revés, Cházaro y Dïon, y la vez que el muchacho lo mencionó por curiosidad, el trío prácticamente al unísono, desechó tales rumores por mendaces y producto de la mente anquilosada de las momias estalinistas del partido. Aunque luego, esa misma noche en que el muchacho se queda a dormir en casa de Dïon, éste, dándole la espalda y bostezando mientras se echa encima una sábana ligera porque todavía son frescas las madrugadas, le dice a manera de buenas noches: “Pues mira, cabrón, lo más seguro es que quién sabe”. El muchacho, una vez apagada la luz, se queda un rato pensando en qué ha querido decir Dïon.

Otra noche, ahí mismo, luego de cantar su composición más reciente, una pieza amorosa, Dïon pregunta al muchacho: “Oye, cabrón ¿y de veras nunca has tenido una vieja... una novia, digo? ¿no?” El muchacho responde que no. Cuenta de las muchachas que ha conocido desde la secundaria y luego en la prepa: “Las veía incompletas. Pero no me refiero a que no fueran la chava ideal, esas mamadas, no... Nada de esas jaladas de lo espiritual, tampoco... me refiero a algo físico; las veía como si les faltara una parte del brazo, algunos dedos, un pie... otro pie”. Se queda

callado y luego repite: “Incompletas”, y lamenta no poder explicarlo, en ese momento, de una manera más clara.⁸

Pero los cincuenta pesos que su tío ha lanzado sobre la mesa con etílico desenfado y sin consideración alguna para el destino, ya van a completar el giro del azar (...y la justificación de este texto). Apenas dos días más tarde, el muchacho llega por la noche al Instituto y lo encuentra, extrañamente, cerrado y a oscuras. Se asoma a la siguiente ventana que, a través de la habitación donde están las mesas de ajedrez, da a una puerta de la biblioteca: debajo hay un nítida línea de luz. El muchacho se alegra y vuelve a la entrada donde pulsa el timbre una, dos, tres veces. Espera y nada sucede. Oprime otra vez cuatro, cinco veces y espera. Son las nueve treinta apenas; da la espalda a la puerta y contempla la calle: qué familiar le resulta ya, como si este hubiera sido su barrio de toda la vida. Se vuelve extrañado por la ausencia de respuesta, dispuesto a tocar nuevamente, cuando la puerta lateral de la biblioteca que da a la sala se abre y aparece la imponente figura del mismísimo Ele. “Ojalá no tengan una reunión secreta”, piensa el muchacho ahora apenado de su insistencia. Ele, que no ha encendido las lámparas de la sala, avanza amenazador hacia la puerta, cuando llega parece dudar, hace un gesto de reconocimiento y abre entonces apurándolo a entrar. “Pásale, pásale”, dice Ele cerrando con premura.

“¿Quién está?”, pregunta el muchacho cuando ve sobre la larga mesa de la biblioteca, una pequeña cartera femenina cuya propietaria es evidente

⁸ Años más tarde lo intentará. Ver, en LA ODA Y OTROS ODIOS, pp. 55, el poema Ausenciada.

que está en el baño. “Alhucema”, responde Ele, como si el muchacho supiera quién es Alhucema. Y en seguida, y en voz baja –ésta es una manía en el Partido: hablar en voz baja para subrayar la importancia y clandestinidad aunque no haya nadie cerca para escuchar... tiempo después el muchacho descubrirá que lo hacen así ante el temor de que existan micrófonos escondidos en cualquier sitio-, Ele narra de manera sucinta lo del asunto en El Planeta. “Alhucema trabaja ahí”, remata.

El muchacho, que se ha colocado en un extremo de la mesa porque la cercanía de Ele con su corpulencia abrumba su chaparrez, escucha todo con el gesto de quien recién se entera. Para mantener las manos ocupadas, abre sin ver una revista Casa de las Américas que está, única, sobre la mesa; justo en ese instante se escucha el ruido del agua descargando en el wc. Pudoroso, el muchacho baja la mirada y descubre en la primera página de la revista, la firma de Alhucema que parece el logotipo etc. Enseguida la puerta del baño se abre y aparece la propia Alhucema de cuerpo entero.

Aquí, tal vez no está de más señalar que las descripciones líricas que en La Oda se hacen de Alhucema, son más bien inexactas cuando no francamente falsas. En realidad, la muchacha tenía las piernas más gruesas de lo debido para su estatura, aunque bien formadas, es cierto. Pero le faltaban nalgas, le faltaban senos y su piel era demasiado pálida, amarillenta, como si nunca hubiera salido de día. Además, su rostro era más bien indescriptible por carecer de un solo rasgo memorable.

Sin embargo, enmarcada en la puerta, el muchacho la miró. La miró con sorpresa. La miró conociéndola y, al instante, reconociéndola. Era *ella*, ¿qué importaba cómo fuera? Y tal vez en ese momento, comprobándola, comenzó a escribirla como después la retrataría en La Oda: bella o inocente, carnal o misteriosa, sensual o ajena, inteligente o vaga. Porque el muchacho luego, en las largas cartas que escribió desde Checoelovaquia durante su primer año allá, en conversaciones perdidas con interlocutores aburridos a su regreso, en sus mismos poemas, juró siempre que la amó desde el instante en que pudo verla ahí, de pie en la puerta del baño, saludando con voz inaudible de su boca lineal y pálida, mientras el depósito del wc continuaba llenándose con ruido de gorgoritos. ¿Qué importa que minutos después haya descubierto que Ele traía abajo el cierre de la bragueta y dos pequeñas pero muy notorias manchas de humedad cerca de la abertura?

Lo que quizás resulta incomprensible, dada la sensibilidad del muchacho que posteriormente evidenciaría en sus creaciones, es que no haya visto una premonición en el hecho de que Alhucema le pidiera, diez minutos después de conocerse, que saliera a comprarle una cajetilla de cigarros Kent; porque al aceptar hacerlo, era claro que estaba perdiendo toda posibilidad de amor o sexo con ella... (Ninguna mujer _le diría Ricardo Revés en broma y en serio, luego de muchos años, en un encuentro fortuito que tuvieron en la ciudad de México-, ninguna mujer que acabando de conocerla te manda a comprar cigarrillos, te dará jamás las nalgas si vas por ellos). Para colmo, cuando veinticinco minutos más tarde regresó

con los cigarros, Ele le pidió que acompañara a Alhucema a coger su autobús al centro y, al acceder de nueva cuenta, el muchacho selló de manera definitiva la que, en los cuatro inciertos meses siguientes, sería su relación con Alhucema. Relación que sería causal de sufrimiento, impotencia, llanto y, al final, autodestierro. Y luego, ya lejos, origen de sus primeros poemas e ininteligibles canciones. Así era: el destino había enviado dos claras señales y estas habían sido ignoradas por un deslumbrado muchacho.

No terminaba abril y, *el movimiento*, comenzó a moverse. En aquellos años, don Ramón Alvarado Hernández, gerente de El Planeta desde hacía quince, aún no se teñía el pelo ni se hacía instalar el marcapasos y, al decir de quienes lo escucharon entonces, el surgimiento de un pequeño grupo de trabajadores inconformes dentro de la empresa no lo vislumbró como un problema complejo; problema cuyo fondo político iba a ser tan definitorio para la gente del poder en el puerto y para el propio Rodomiro ‘La Mira’ Mirándola.⁹ Por el contrario, siendo El Planeta un periódico perteneciente a una cadena nacional, Don Ramón, que había observado con atención el desarrollo de la huelga en El Ave –aunque el periódico nunca informara ni el treinta por ciento de esas observaciones a sus lectores-, dio por sentado que La Mira no se atrevería a alentar de alguna forma un movimiento en contra del periódico. Por otra parte, desde un inicio, y gracias a dos empleados fieles –o serviles, dependiendo de quién califique-, uno de los cuales se infiltró entre los inconformes de principio a

⁹ Dionisio Dñon: DECISIONES, DUDAS, DERROTAS...

fin e incluso en su momento fue *despedido*, don Ramón estuvo siempre al tanto de quienes y cuántos eran los revoltosos y cuáles más podían estar en trance de adherirse a la causa; por ello, nunca consideró que tuvieran fuerzas ni tamaños suficientes para convertirse en un problema grave y esperó casi hasta el instante en que el movimiento saltó a la calle para ejecutar los primeros despidos.

En el Partido, como ya se dijo, se intentó desde el inicio del movimiento en El Planeta una discreción mayor que en el precedente; luego, en consecuencia, el círculo alrededor de Ele y Los Inseparables se estrechó de manera perceptible. Sólo en los albores, La Mira recibió todavía en una ocasión a Ele, enseguida hizo mutis y únicamente se comunicó con él por medio de aquel antipático recién llegado Lic. Satín Sifuentes Salud (a) 'El Brillos' –y su manía de limpiar constantemente la grasa del rostro con blancos pañuelos-, por medio del cual además, se dijo entonces, fluyó el dinero en sobres manila, sobres que, también se dijo, El Brillos solía *ordeñar*. Igual en esos primeros días, hubo una reunión de Ele con el Consejo Político Local del Partido, formado por cinco viejos militantes, quienes expresaron su desconfianza por la acción que se emprendía, la que, sin embargo, no se atrevieron a impedir. Por su parte, los enemigos de Ele dentro del Partido y en el propio Comité Local, regularon en sus posiciones críticas y dejaron de correr rumores.¹⁰

Para el muchacho, los cuatro meses en que el movimiento nació, creció y culminó, significaron más, mucho más, que la asimilación cotidiana de su

¹⁰ Ricardo Revés: RENACIMIENTO, ESPLENDOR Y OCASO...

educación política, el surgimiento y consolidación de una conciencia de clase o la elaboración adulta de una personalidad como disciplinado militante de izquierda, fue, sobre todo, la bitácora del sufrimiento de quien, a sabiendas, se declara enamorado de un imposible.

Porque en esos cuatro meses, el muchacho desarrolla una actividad física y sentimental agotadora. Después de las primeras dos semanas, merced a la militancia de tiempo completo que emprende, es acogido en el cerrado círculo cercano a Ele. Pero, además, todos esos ajetreados cuatro meses, todos esos días y casi todas esas dos mil ochocientas ochenta horas, se convierte en un acompañante inseparable de Alhucema que ha sido una de las primeras despedidas de El Planeta. Es recadero, confesor, mandadero, paño de lágrimas, sombra intangible. Él se encarga de entregar el sobre manila que Ele le pasa discretamente, sale a buscar cigarros Kent a las tres de la mañana mientras la reunión continúa, va a por toallas sanitarias –ya sabe las fechas- y de paso anticonceptivos, y si es por la mañana y Alhucema tiene antojo, por los tacos de cochinita pibil que le encantan... pero tienen que ser de El Yuca, en el mercado de la ciudad vecina, “no importa, en tranvía voy rápido”.

En un edificio de la calle Aurora donde Ele tiene su oficina en el tercer piso, pero cuyo nombre no se anuncia en el directorio de abajo ni en la puerta del despacho, el muchacho duerme vencido por el cansancio sobre el gastado linóleo del pasillo, mientras espera que Alhucema y Ele terminen de retozar dentro, para acompañar a la muchacha a casa.

O sentado en la banqueta frente al hotel Rex a medianoche mientras Alhucema comparte habitación y experiencias con el camarada Lino Treviño Lamosa, reta a los policías de una patrulla que lo interrogan: “¿Qué haces ahí? Muévete”. “Estoy esperando”. “¿A quién?”. “A una amiga”. “Bueno, pues te vas a esperar a otra parte, cabrón, porque orita que regresemos no queremos verte ahí” “Pues me van a tener que ver, porque yo no me voy de aquí hasta que llegue mi amiga”. Termina el muchacho apagando su cigarro en el bordillo de la banqueta. Los policías han de andar de buen humor o les cayó en gracia porque, de no ser así, seguro se bajan de la patrulla y lo levantan a patadas, faltaba más.

Y de guardia en el escalón de la entrada del Instituto a oscuras, donde consume una cajetilla de cigarros sin dejar de llorar hasta que a las dos de la mañana se abre la puerta y emergen recién bañados Alhucema y Ricardo Revés quienes, nomás salir lo abrazan efusivos. “Cómo te queremos, cabrón”, dice Revés, emocionado de veras por las huellas del llanto en el rostro del muchacho.

O todavía peor, la noche cálida del mes de julio que evoca en La Oda y de forma más amplia en una de sus cartas a Dïon desde Checoeslovaquia: Sentado en una mecedora de madera frente al mar donde canta las treintatrés canciones de los Stones que entonces se sabe de memoria, repitiéndolas varias veces hasta enronquecer, mientras apenas cinco mecedoras más allá Alhucema y el camarada Josefo Julián Jiménez, cogen con ahínco no exento de ritmo. Ritmo que a pesar de su canto y el murmullo de un mar calmo, llega a los oídos del muchacho debido al

rechinar de la mecedora. La luna se ha ocultado hace rato, el Golfo de México se balancea apenas como si fuera de lodo.¹¹

Durante cuatro meses intensos, al decir del muchacho, el amor comió de sus carnes magras, sí, pero si esto es cierto, quizás también tal amor agudizó su sentido político y poético; en cierto modo así lo sugerirá en las cartas donde igual confiesa, entonces todavía destrozado, que nunca dijo a Alhucema que la amaba ni le pidió acostarse con él. Nunca puso una mano encima de uno de sus muslos, su cadera; jamás le acarició un brazo, un seno. Nunca, ni en las muchas ocasiones en que ella se quedó dormida sobre su hombro agotada por la agitación político-sexual de esos días. ¿Y por qué nunca lo hizo? El muchacho no habrá de decirlo en ninguno de sus escritos, al menos no con la claridad suficiente para afirmar aquí un motivo o pretexto con exactitud; de tal forma que la única explicación sensata que se ocurre es que jamás estuvo enamorado de Alhucema ni tuvo verdaderos deseos de acostarse con ella.

Mientras tanto, las semanas corrían, el brisote había cesado su soplo cruzando el río y el verano era un estallido de luz en las calles del puerto; el escepticismo comenzaba a infectar a algunos de los despedidos de El Planeta y a unos pocos miembros del Partido excluidos del círculo de Ele. Éste, que ahora asesoraba a una parte de los colonos de una nueva

¹¹ El autor siente que la narración, cuando a Alhucema se refiere, puede parecer prejuiciosa o provista de un juicio moral, algo nunca pretendido. Por el contrario el autor respeta y celebra a todas aquellas mujeres porteñas que, en el tiempo que se narra y desde finales de los sesenta, hicieron un esfuerzo personal por cambiar una tradición sexual eminentemente machista. Pero para una explicación mejor remito a un libro importante cuyas ideas comparto absolutamente:

Teresa Treviño: CHICAS DE LOS SETENTA: EL SEXO COMO REVELACIÓN Y ACCIÓN DE LAS MUCHACHAS PORTEÑAS. Ed. La Rosa es RojaesRojá. Xalapa, 1996

invasión llamada Los Otates, intentaba sustituir con ellos en las marchas a los petroleros transitorios que luego de concluida la huelga de El Ave habían desaparecido. Parecía que después de tres meses, sólo durante las marchas y mítines la gente retomaba el entusiasmo y el fervor del inicio, pero una vez concluido mitin o marcha el virus del desánimo atacaba nuevos cuerpos.

Dos acontecimientos se sumaron para acrecentar el inconfesado abatimiento que cada cual cuidábase de mostrar en público o de confesarse a sí mismo: Las momias estalinistas del Partido –como apostrofaban los jóvenes a los viejos comunistas porteños-, citaron a Ele para una nueva reunión a propósito de lo que sucedía; en ella, los cinco integrantes del Consejo Político desaprobaban vigorosamente las tácticas y al movimiento mismo por los costos que podrían significar para el Partido. Ele se defendió con larga y cansada perorata en la que no faltaron citas de Lenin y Gramsci. Y los viejos, en vez de hacer valer su peso específico y convocar a una asamblea regional del Comité para definir el rumbo, sencillamente pintaron su raya y se deslindaron como si fueran abuelos que sólo pudieran decir al nieto descarriado: “que conste que te estoy advirtiéndolo”. El otro suceso fue que el Cónsul Cubano, escandalizado y harto por la forma en que Ele y su gente estaban haciendo uso del Instituto, prohibió cualquier reunión más allá de las diez de la noche y amenazó con cambiar la cerradura, con lo que las veladas sindical-revolucionarias que solían realizarse ahí hasta la madrugada, se suspendieron abruptamente. Con ello, la garganta de Sergio Sermón,

intérprete infaltable en dichas veladas, tuvo una saludable recuperación, pero los jóvenes perdieron un sitio donde estimularse mutuamente discutiendo y planificando el futuro, no tan sólo del movimiento sino del país mismo –y ya cuando la noche era profunda y el entusiasmo elevado, incluso del mundo.

Para elevar presión y ofrecer una nueva labor, Ele ordenó, sugiriéndola, una Huelga de Hambre en la Plaza de Armas. Alhucema se ofreció, la primera, como ayunante –el muchacho estuvo a punto de ofrecerse segundo-, pero Ele y otros camaradas la rechazaron con rapidez mayor argumentando, al punto, que ella era necesaria en otras tareas, cosa comprensible. De entrada, la Huelga de Hambre elevó los ánimos pero, también, tensó el ambiente. Se notaba mayor vigilancia y ésta ejercida por policías que venían de fuera a hacer lo suyo por encima de la indolente y torpe policía porteña. Y no era para menos, puesto que había un creciente movimiento guerrillero en el país.

El impulso de la huelga comenzó a decrecer apenas al quinto día, cosa natural si se agrega al cansancio y el escepticismo, el silencio que la televisión, la radio, por supuesto El Planeta pero también el diario rival, Dictamen,¹² habían decretado desde las primeras semanas sobre toda información referente al movimiento.

En estas circunstancias, Ele siente que la situación se agrava, pues aunque nadie lo mencione, la desmoralización comienza a sentirse en el

¹² El Dictamen, el diario más antiguo del puerto, pagó más tarde su entonces cómplice y cómodo silencio: unos años después fue cooptado por Rodomiro ‘La Mira’ Mirándola y se convirtió en su vocero.

ambiente. La defección del quinto día deja únicamente a dos ayunantes en la plaza, quienes comienzan a ser provocados por medio de rumores que hablan, cada atardecer, de un ataque nocturno para desalojarlos; mientras que, en las madrugadas, desde algún automóvil les lanzan insultos. Ele decide convocar una nueva marcha, más agresiva: tres días de volanteo, pegas y pintas para incrementar el número de marchistas; durante la marcha, realización de un primer mitin a las puertas de El Planeta y colocación de dos banderas rojinegras en el edificio; aseguramiento simbólico de la puerta de entrada. Un segundo mitin en la Plaza de Armas y, al concluir éste, bloqueo por veinticuatro horas de dos de las calles que la rodean. La reunión donde esto se planea es secreta y se realiza en un viejo restaurante-hotel de la playa, frente al malecón, a las diez de la noche. La reunión concluye cuatro horas y media después. A la camarada Alhucema se le ofrece una habitación para que no tenga que desplazarse a esa hora y ella invita al muchacho a compartirla. En la habitación del segundo piso sólo hay una cama; Alhucema se quita la blusa pero no el brasier, se desabotona el pantalón y baja un poco el cierre, luego se deja caer en la cama. De pie, mirándola, sin quitarse una prenda, el muchacho pregunta: “¿Desde cuándo eres camarada?”. “Firmé mi solicitud hace mes y medio ¿no te había contado?” Enseguida golpea las almohadas amoldándolas, y agrega: “Apaga la luz y acuéstate”. A oscuras pero sin desvestirse el muchacho se recuesta en el borde de la cama pero no duerme, escucha los juegos de agua de un mar invisible que entran por la ventana como briznas de olas, como si la playa estuviera lejana y no sólo

a sesenta metros. Cuando apenas dos horas y media después la claridad del amanecer revela el rectángulo de la ventana espolvoreando en la habitación triste una luz incierta, el muchacho se levanta, permanece un rato sentado, contemplando la espalda pálida de Alhucema que en algún momento del sueño ha desabrochado el brasier; toma la cajetilla de cigarros del viejo buró y va hasta la ventana, enciende su primer cigarrillo y ahí permanece mirando como surge el sol desde el fondo del imperturbablemente azul Golfo de México. Así lo encuentra Alhucema, cuando despierta, cerca de las ocho.

A las nueve, el infiltrado está informando por teléfono a Severiano Santoyo, su jefe en el periódico y hombre de las confianzas de don Ramón, todo lo acordado esa noche. Tres días antes de la marcha, un hombre que se presenta como miembro de la Policía Federal –el temible brazo ejecutor del gobierno-, llega al despacho de Ele. Saluda cordialmente, toma asiento frente al escritorio, se arrellana y campechano y sonriente, lanza: “A ver licenciado, cuénteme lo que está pasando con este asunto del periódico, hombre... La verdad es que yo voy llegando a esta plaza y no se cómo está el embrollo... pero pregunté y me dijeron que usted representa a los muchachos despedidos... Así que dije, pues yo voy a visitar al licenciado Eloy a ver qué me cuenta; ya ve que luego llaman los jefes de México y lo agarran a uno fuera de la base... usted sabe”. El hombre es un poco más bajo que Ele y un poco menos corpulento; viste un traje ligero azul, bien cortado y tiene un ojos gris y otro verde. Durante cuarenta minutos, Ele dice y no dice, el tipo pregunta y no, sin mostrar

demasiado interés, desliza medias sonrisas, saca un pañuelo y enjuga un poco de sudor en la parte alta de la frente. Se levanta antes de dar muestras de aburrimiento, se despide con fuerte apretón de manos y añade: “Nomás tengan cuidado, licenciado... eso sí le recomiendo, ya ve como anda el asunto en el país... la gente se pone nerviosa”. Hay en su voz un tono triste... o burlón o amenazador. En la puerta se vuelve: “Le hace falta un buen enfriador de aire, licenciado...” Y por primera vez sonríe ampliamente.

Dos días antes de la marcha, ya con las brigadas trabajando en la difusión y convocatoria, Ele intentó, por enésima vez, una entrevista con ‘La Mira’ Mirándola a quien no había vuelto a ver ni a hablar en persona desde los primeros días, antes de que el movimiento saltara a la calle, por más mensajes que envió requiriéndolo. A media mañana marcó el número convenido solicitando, con urgencia, una entrevista aunque fuera de quince minutos con ‘el señor’. La voz le dijo que fuera al café Kikus donde en media hora recibiría una llamada de respuesta. Lo citaron en una plaza de barrio a las seis de la tarde; pero a las tres, una llamada al despacho dijo “Cancelo la cita de las seis de la tarde’, y colgó. A las siete mandó a uno de Los Inseparables a llamar para una nueva cita desde un teléfono público; cuando éste regresó dijo: “que mandan un propio pero no a qué hora”. Ele, Los Inseparables, y tres más sumados en los últimos días para cuidarle las espaldas, esperaron en el despacho hasta las doce de la noche. Cuando salieron decepcionados, dos hombres jóvenes que venían por la acera de enfrente se cruzaron y casi sin detenerse, dijeron: “Ocho

de la mañana. Plaza Vicente Guerrero”, continuaron caminando y entraron al bar Dominó. Con tales precauciones un tanto inusitadas, Ele tuvo un momento de alivio al pensar que esta vez sí se entrevistaría personalmente con La Mira.

El coche se detuvo en un extremo de la plaza y Ele caminó a la esquina opuesta. No esperó mucho cuando apareció una camioneta combi no muy nueva, que se detuvo a su lado. Ele trepó al asiento delantero, junto al chofer; se volvió hacia atrás y ahí no estaba La Mira sino el joven Lic. Satín Sifuentes Salud (a) ‘El Brillos’ con los anteojos en el regazo, entregado a la tarea de limpiarse la grasa de la cara con un pañuelo blanco. Decepcionado, Ele insiste en que ‘el señor’ lo reciba en el transcurso del día o por la noche. La pequeña boca casi sin labios de El Brillos se curva en una mínima sonrisa: “No lo creo posible, ‘el señor’ sale para México al mediodía. Como quiera le comunico su deseo pero sería mejor que también me informe de una vez lo que necesita decirle... y ahorramos tiempo los dos”. De mala gana y de forma muy condensada, Ele informa; la camioneta rueda despacio de vuelta rumbo al centro de Madero. “A las diez treinta tiene la respuesta en el mismo lugar”, dice El Brillos cuando Ele desciende. Dos horas más tarde, está de vuelta en la plaza, sentado en una banca a veinte metros del coche y sus compañeros. Ele espera una hora treintaiocho minutos, nadie llega.

Ele está de humor insoportable todo el día. Responde de mal modo y despotrica ante cualquier error. A las cuatro de la tarde se marcha a comer y dice al muchacho que en ese momento entra sudoroso, con el negro

pelo brillando humedecido, las ojerías casi trepando por los costados de la nariz: “¿Todo bien? Nos vemos a las seis, voy a comer algo”.

La marcha se inicia a las siete de la tarde, con el sol coloreando de intensidad el poniente; todo el día ha sido muy caluroso y el atardecer no trae frescura alguna pues continúa sin soplar una ráfaga de brisa, lo confirman los inmóviles penachos de las palmeras en la plaza. Con otros dos camaradas el muchacho está a cargo de coordinar la seguridad; la columna está formada y lista, así que el muchacho se acerca a Alhucema que marcha justo detrás del coche de sonido, ya que es la encargada de entregar banderas rojinegras y cadenas que viajan en la cajuela, a los que habrán de colocarlas. Cuando está con ella se acerca Ele y palmea a ambos la espalda al tiempo que dice, mirando a lo lejos: “Estamos muy vigilados”; enseguida se marcha a su sitio palmeando gente en el trayecto pero ya sin detenerse.¹³

El contingente se pone en movimiento; el muchacho deja a Alhucema para realizar su tarea a lo largo de la columna. Ésta apenas ha avanzado veinte metros cuando una noticia se esparce levantando un audible murmullo:

“Hay soldados en la banqueta, resguardando el periódico”. Ante esta noticia el muchacho llega hasta Ele y pregunta sobre el mitin y la colocación de las mantas, para comunicarlo a Alhucema: “No hay

¹³ La reconstrucción de la marcha se realiza aquí a partir de:

Dionisio Dión: DECISIONES, DUDAS DERROTAS... etc., que combina su propia visión del evento con fragmentos de las cartas del muchacho.

Arturo Castillo Alva: LOS DIAS PERDIDOS, título de la columna aparecida en la Revista Perra Suerte, no. 16. Cd. Victoria, marzo de 1992. Ahí Castillo Alva dice basarse en conversación sostenida con Sergio Sermón en los ochenta. Por cierto, esta crónica no se incluye luego en el libro del mismo nombre que reúne los textos publicados en la columna, se ignora el motivo.

cambios” dice cortante Ele sin volverse a mirarlo desde su altura. El muchacho vuelve con Alhucema y la informa sin atreverse a manifestar su desacuerdo, sale de la columna preocupado, trepa a dos escalones de un negocio para mirar: bien espaciados llenan cuadra y media; las brigadas no dieron gran resultado pero tampoco fracasaron totalmente. Parece tan nutrida como en los mejores momentos del movimiento de El Ave y del actual, aunque, eso sí, mucho menos fragorosa. Hacia el poniente el incendio del sol reduce sus proporciones lanzando hacia el resto del cielo suave ceniza. Camina hacia el fin de la columna, se acerca el camarada Rogelio Rastra que, volviéndose de costado, le dice: “toca”. Bajo la camiseta holgada el muchacho toca algo duro que identifica como la cacha de una pistola. ¿Será? Rastra se aleja entre los marchistas sonriendo alegre. El muchacho considera la posibilidad de informar a la dirigencia pero la desecha; para él no es secreto que quienes cuidan las espaldas de Ele desde hace días andan armados, claro que Rastra no es uno de ellos pero igual pueden haberlo autorizado. Por atrás de la columna que avanza despacio, el muchacho cambia de acera, está sudando un poco. “Le falta alegría a la marcha. En el coche de sonido debieron poner música en lugar de ese cabrón que parece que va rezando”, le dice Dïon que, casi al final, camina entre dos muchachas desconocidas, de apariencia humilde, a las que lleva muertas de risa seguro contando sus ingeniosidades. El muchacho asiente con sonrisa al comentario de Dïon; hace tantos días que no pasan aquellas horas y horas platicando... Va a decírselo pero en vez de hacerlo saca el paliacate y se enjuga el rostro, se despide. Vuelve

con Alhucema e intercambian algunas palabras; Alhucema lleva camiseta roja, pantalón de mezclilla, zapatos tenis y una angosta diadema también roja en el pelo negro; tiene la camiseta húmeda de sudor en las axilas. Por la banqueta el muchacho enciende un nuevo cigarrillo con lo que resta del anterior. Lo llama otro de los coordinadores de vigilancia: acaba de llegar una avanzada: hay unos diez manifestantes en la primera esquina de la cuadra de El Planeta, otros tantos en la siguiente; se dicen simpatizantes “pero quién sabe”. En la banqueta de el periódico continúan los soldados y “hay dos o tres cabrones agentes en la marquesina”. El muchacho repara en que la voz del sonido ha callado, nadie grita consignas, escucha el ruido de pasos en el pavimento, un rumor... ¿o son sólo sus pies que se arrastran cansados? Una muchacha se asoma brevemente por la puerta entreabierta de un consultorio, luego cierra. La columna ya entra en la cuadra de El Planeta; el coche del sonido se adelanta y se coloca frente al periódico. Los simpatizantes desconocidos que esperaban, se integran a la columna con rapidez. En pocos minutos el coche es una isla entre un mar de cuerpos que se aglomeran al centro, respetando la banqueta donde permanecen los soldados inmutables, con el arma cruzándoles el pecho. La gente empieza a corear consignas. Trepa al techo del auto uno de los despedidos del periódico. Las puertas de El Planeta están cerradas, en la recepción hay cinco empleados mirando hacia fuera, alejados unos cuatro metros de los grandes cristales. En la marquesina, uno de los hombres no cesa de tomar fotografías, algunos desde abajo le hacen señas obscenas. El muchacho trata de llega

a Alhucema; empuja, pero extrañado siente que sus rodillas no están firmes ¿será debilidad o cansancio?, por fin lo consigue: ya están con ella los encargados de colgar las banderas y clausurar la puerta pero, justo en ese momento, llega la contraorden: “Se suspende la cuelga y la clausura; nomás despliéguenlas frente al periódico mientras dura el mitin”. El cuello de la camisa se ha humedecido, igual el bolsillo del pantalón donde guarda el paliacate.

Tranquilizado, el muchacho se retira a ejercer su comisión, pero no ha avanzado diez metros cuando escucha gritos repetidos “¡Que se cuelguen! ¡Que se cuelguen!” Siente la tentación de regresar donde Alhucema pero desiste porque la gente parece estar compactándose más. No hay problema, ella está con los camaradas que no colgarán las banderas, que son disciplinados; no debe descuidar su tarea. Mira al orador trepado en el coche. Le disgusta que los despedidos tomen el micrófono, son malos oradores, no convencen a nadie, pero ni modo de decirlo en una reunión. Cuánto calor puede generar la gente aglomerada; ahora el muchacho está sudando a chorros, el sudor le baja por la nuca hacia la espalda: él no es proclive a sudar en exceso. El primer orador desciende, los aplausos y las consignas acallan los gritos de los que piden que las banderas se coloquen, qué estupidez, con los soldados ahí. Ahora sí ya está anocheciendo, qué cansado se ha sentido últimamente, debe ser el calor, junio y julio han sido terribles. “Estás muy pálido, hijo”, comentó la abuela hace días. Avanza torpe, usa los codos, empujando, en busca de la banqueta que imagina menos atestada para desplazarse más pronto hacia

el otro extremo, por donde continuarán. De vez en cuando se detiene para enjugarse el rostro, huele mal el paliacate; el conoce muchos de los rostros que lo rodean pero aún así de repente todos le parecen desconocidos. Piensa en Dñon, seguramente estará viéndolo todo desde la esquina, sonriendo, haciendo reír a las dos chamacas; en las últimas semanas Dñon ha comenzado a dudar o a mostrar indolencia; participa como siempre pero no es el mismo, qué bueno que no han tenido tiempo de verse, piensa el muchacho, porque seguro hubieran discutido y para qué. El muchacho da dos, tres pasos, pero luego lo empujan, lo hacen retroceder o lo inmovilizan, levanta la vista, ya han prendido algunas luces: siempre se ven tristes las primeras luces. Los gritos se intensifican más allá del coche: “¡Banderas, banderas!”, tapan al orador que es miembro del Partido, pero éste grita también pidiendo orden: “¡No caer en provocaciones, compañeros”! Sigue la gritería -¿qué está pasando?- Delante de él se ha formado otro círculo compacto... ¿alrededor de qué?, mejor acercarse. La gente huele, con este calor todo mundo suda; aspira hondo para sentir su propio olor. Ahora enjuga la frente con las manos desnudas, luego levanta la vista: no lo puede creer. De entre el gentío, se yergue una larga y frágil escalera que con torpeza termina apoyándose en el poste, sostén de los cables de energía eléctrica que alimentan a El Planeta. Gritos y silbidos saludan a la escalera y al momento en que consiguen recargarla bien en el poste. El muchacho la mira incrédulo ¿de dónde salió?, él está apenas a dos metros de ella, con el cuello torcido

mirando hacia lo alto: el cielo ya es gris oscuro. Le duele la nuca. Tiene sed, alguien debió traer agua.

“Acá, camarada, aca”, escuchó que decía una voz conocida mientras una mano lo tomaba de un brazo jalándolo. Se volvió, era Rogelio Rastra que sonreía con todo su pecoso y simpático rostro escurriendo sudor. “¿Qué pasa?”, preguntó el muchacho queriendo más bien preguntar por la escalera. Pero Rastra, jalándolo hacia ella, grita a la gente: “Ábranse compañeros, ábranse”. Al pie de la escalera se detienen; los gritos se convierten en murmullo de expectación pero más allá del coche, frente a El Planeta, los gritos siguen profiriéndose con furia. El muchacho piensa en Alhucema, piensa en Dïon, piensa que hace mucho tiempo que no se enferma pero ahora se siente más cansado que nunca. Rastra busca a alguien con la vista, grita, ese alguien aparece y le da un objeto, Rastra se vuelve al muchacho y le entrega unas pinzas grandes, profesionales, de largos mangos aislados. Enseguida se dirige a la gente, a gritos, con autoridad, y explica que el muchacho es el indicado porque es ligero, porque es chaparro y flaco, sí, en realidad no ha comido bien en las últimas semanas, se ha desvelado tanto, su abuela lo riñe, tiene que cuidarse más, Alhucema bien podía haberlo amado, aunque fuera un poco. La gente está gritando airada, animada por la envidia de Rastra “¡Que los corten, que los corten!” y el muchacho siente como manos innumerables lo levantan en vilo y con facilidad lo colocan en el cuarto travesaño de la escalera, acción que inmediatamente es festejada con más gritos. El muchacho se aferra con una mano y con el brazo que

sostienen las pinzas, la escalera tiembla; mira fugazmente los rostros levantados hacia él que lo animan, las manos extendidas que le indican que suba. ¿Dónde se habrá metido Rastra? El muchacho mira hacia arriba, los cables inmóviles aún están lejos y sube uno, dos travesaños; el sudor escurre por su rostro. El cielo es negro y sin estrellas ¿Se habrá nublado? Que ahora cayera un aguacero. La masa se ha dividido en dos, el grupo más grande frente a El Planeta, el más pequeño al pie de la escalera, animándolo. La escalera se estremece, las pinzas son muy pesadas, le aplastan los dedos al subir un poco más y afianzarse al siguiente peldaño. ¿Es Ele el que ha subido al techo del carro? Hace mucho tiempo que no llueve, en verdad; qué bien vendría ahora un aguacero. Ah, Ele sí es un líder, sabe imponerse. ¿Por qué nunca le preguntó a la abuela si la tía era su madre? Hubiera sido bueno, tal vez, tener una madre.

Se escuchó un golpe seco y luego el estruendo de los trozos de vidrio estrellándose en el piso; los gritos se agudizaron, la masa se movió hacia atrás, tropezando. El muchacho giró medio cuerpo para ver, la escalera se bamboleó. Enseguida otro golpe y más pedazos de vidrio golpeando el suelo. La gente se abrió hacia las dos esquinas ante los soldados que avanzaron cruzando culatazos a los más adelantados. La escalera resbaló hacia un costado pero continuó apoyada en el poste, el muchacho soltó las pinzas. Ya nadie sostenía la escalera; en la marquesina del periódico el muchacho miró a un hombre que le apuntaba con un arma ¿o lo señalaba, o lo enfocaba con una cámara? Ele trastabilló sobre el capacete, soltó el

micrófono, saltó. La gente ya estaba corriendo, hacia el poniente se escucharon dos crujidos, como balazos de calibre pequeño. El muchacho se abrazó al poste justo en el momento en que la escalera perdió el apoyo y cayó silenciosa sobre una barda, quebrándose. La gente corría gritando hacia arriba de la calle Altamira, hacia abajo, por la calle transversal. El muchacho al saltar al poste dio un giro y antes de comenzar a deslizarse, le pareció ver a Alhucema, resguardada en lo alto de la entrada de la iglesia evangélica, recargada en la puerta oscura y brillante. Luego el muchacho cayó al piso abrazado al poste, rasgando camisa, pecho, brazos. Un hombre pasó gritando “¡A la plaza, compañeros, a la plaza!”. Antes de que el muchacho pudiera levantarse del suelo alguien que corría le quebró de un pisotón dos dedos de la mano izquierda. Se levantó enseguida y echó a caminar de prisa rumbo al parque; a media cuadra se volvió para mirar hacia la iglesia evangélica pero ahí no había nadie, sólo resplandecía el brillo de la puerta.

En el parque, distante apenas a dos cuadras del sitio del suceso, el muchacho permaneció durante catorce horas; los vagos habituales del parque lo acogieron sin recelo –porque eso sí tenía él, a todo mundo le inspiraba confianza-, le invitaron, y aceptó, su primer cigarrillo de marihuana, “se te calma el dolor”, dijeron, señalando la mano hinchada y oscura del muchacho, los arañazos. Durmió de a ratos, como los otros, bajo unas gradas; por la mañana consiguió que uno de los jóvenes que ahí pernoctaron, llamara a la casa de Dïon. Mientras esperaba a que llegaran por él, pensó en Alhucema, con su camiseta roja, su pantalón de mezclilla,

sus zapatos tenis, parada en la puerta de la iglesia mientras todos corrían asustados, y ni siquiera se le ocurrió que esa había sido la última vez que la vería en su vida. Un tío de D'ion pasó por el muchacho a las diez de la mañana.

FIN

- Jorge Eleuterio Eloy fue arrestado y permaneció en la cárcel cuatro años. Al salir, retirado de la política, fue cobijado generosamente por Rodomiro 'La Mira' Mirándola.
- Jocundo Jocuy y Nando Narvarte, simpatizantes de El Partido que ese día permanecieron en la plaza leyendo el periódico, contando chistes y platicando con los dos ayunantes en espera del arribo de los marchistas y que al ver venir la desbandada general corrieron a esconderse en el sótano del kiosco, fueron arrestados ahí y pasaron tres años en la cárcel acusados de ataque a las vías generales de comunicación por haber roto un candado marca Yale que cerraba la puerta del kiosco. No hubo más detenidos.
- Rogelio Rastra desapareció del puerto cuatro años. Volvió después diciendo que trabajaba en la ciudad de México en una dependencia gubernamental, vestía ropa cara en sorprendentes combinaciones y continuaba siendo sonriente, pecoso y simpático. Cuando alguien

tocaba el tema del movimiento juraba no acordarse de nada y pedía otra ronda a su cuenta.

- La identidad del infiltrado en el movimiento, al servicio de Don Ramón Alvarado Hernández, nunca fue descubierta.
- El muchacho permaneció escondido en su casa dos meses. A fines de octubre comenzó a buscar contactos con conocidos del Partido en el Distrito Federal, con el fin de conseguir una beca en el extranjero. Tuvo suerte: salió del país rumbo a Checoslovaquia, el cinco de enero de 1974. Continuaba sintiéndose cansado.
- Dionisio Dávila 'D'ion', se alejó de la política y emigró a la ciudad de México un año después de concluir la preparatoria, allá continuó en la literatura y la música. No partió solo sino en compañía de Ricardo Revés y Chano Cházaro, ellos continuaron como militantes del Partido en aquella ciudad casi hasta concluir sus estudios. Revés, esporádicamente, ha publicado algunos ensayos y reportajes.
- Alhucema Asfódelas desapareció del puerto. Seis años más tarde grabó un disco como cantante de la Sonora Vendaval. Con este agrupamiento se presentó, al decir de algunos, en una emisión del programa televisivo Siempre en Domingo. De esto último no hay constancia pero sí del disco: La Sonora Vendaval: Mar de música. Discos Sonoforte, 1979. En la contraportada, aunque la foto es confusa, vienen los nombres de los integrantes del grupo y

Alhucema Asfódela aparece como intérprete. La marca disquera ya no existe.

- Rodomiro 'La Mira' Mirándola terminó dominando a la clase política porteña, pero ésta logró consuelo pronto y expedito haciendo grandes e ilícitos negocios con él. Hasta el diario El Planeta llegó después a loar sus glorias y a defender sus desveladas elucubraciones.
- Madronio Méndez-Ébola y Terracota fue alcalde porteño gracias al apoyo y el dinero de La Mira. Afortunadamente doña Tarcisia Terracota y Páramo de Méndez-Ébola ya había muerto y se ahorró un gran berrinche.
- Satín Sifuentes Salud (a) 'El Brillos', gracias también a los servicios prestados a La Mira, fue alcalde porteño, diputado, senador y en momentos de delirio llegó a soñarse gobernador del estado. Nunca dejó de limpiar con minuciosidad la grasa del rostro.
- El Partido Comunista porteño quedó desecho y así permaneció hasta la década de los ochenta en que desapareció como tal.

Post-Data

A su regreso de Checoslovaquia ocho años después, el muchacho vagó por el puerto durante cuatro meses, merced a los ahorros hechos durante el tiempo que fue becario y a los trabajos de traducción que

allá realizó. Buscó antiguos miembros del Partido, encontró algunos – otros se le negaron evidentemente-, y los que accedieron a tomar con él un café breve, estuvieron poco dispuestos a hablar de esos años, entregados como ahora estaban a otras actividades y al siempre saludable ejercicio del olvido. Su encuentro con Jacinto Holgado que nunca fue su amigo ni camarada –éste había sido miembro del Partido mucho antes de la llegada del muchacho y se había apartado cobardemente cuando empezaron a surgir los grupos guerrilleros- fue fortuito y Holgado, quién sabe por qué extraño mecanismo mental, se sintió un tanto comprometido a organizar aquella reunión donde el muchacho leyó La Oda.

Su búsqueda de compañeros de aquellos meses fue triste y frustrante, pero más lo fue confirmar la inexistencia de sitios y cosas que le habían sido caras en otro tiempo y que, por lo mismo, había creído inamovibles. Retrasó el momento y al fin un día, se decidió a visitar la casa donde viviera Alhucema con la intención de saludar a la madre, pero ésta ya había muerto y la casa tenía otro propietario.

Pasó muchas tardes platicando con su abuela tratando, inútilmente, de hacerle comprender que Checoeslovaquia era lejísimos y que, por lo mismo, no había podido visitarla en esos ocho años ni hablar por teléfono mas que muy de vez en cuando. “Tu tía sí que vive lejos, en Tabasco, pero siempre me llama y viene cada año” refutaba la anciana con resentimiento. El muchacho dudó unos segundos y después de tantos años, se atrevió por fin a preguntar si la tía era en realidad su

madre. La abuela dijo que sí y contó la historia: “Pero siempre fuiste mi niño”, le dijo al final enjugando una lágrima.

Otra tarde platicó y bebió cinco horas con su tío, cosas que no había hecho nunca. El tío tenía ahora sesentiún años, se había casado con una mujer de cuarenta que notoriamente le quería, procreaba un hijo pequeño; solía beber con alegría olvidadas para siempre las crueles e hipócritas –así las llamó- abstinencias temporales a que antes se sometió.

Al término de estos cuatro meses, con sus ahorros a punto de agotarse, concluyó que el puerto ya no era un lugar para él, todo estaba perdido, y decidió buscar una ciudad mejor. Dos días antes de su partida, se metió a beber a la cantina La Tapatía, en la que nunca había entrado antes. Salió de ahí pasada la medianoche, caminó por Altamira hasta la calle Flores, dio vuelta a la izquierda, cruzó el puente de madera casi derruido que se aventuraba sobre el sucio canal, y siguió caminando por el terraplén donde en otro tiempo corrieran los tranvías. Caminó despacio y con tiento, porque en algunas partes aún se encontraban durmientes a medio pudrir, y llegó a la playa casi tres horas después, en lo más hondo de la madrugada. Y ahí permaneció, sentado en la arena cantando viejas canciones de los Stones, hasta que el sol irguió su fuego imponente desde la profundidad del antiguo Golfo de México.

Tampico, 1986/Pueblo Viejo, febrero de 2004